

LAS TORRES DE PANDORA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Pandora es, aparentemente, un mundo sin mayor atractivo que sus famosas torres, dos ciclópeas moles de un kilómetro de alto rematadas en unas enormes esferas cuyos constructores son unos perfectos desconocidos para los arqueólogos, ya que este planeta no llegó a ser colonizado por el Imperio y, cuando las naves del Orden Estelar llegaron allí, ya se alzaban sobre las infinitas llanuras de Pandora sin que nadie pudiera aventurar siquiera su indudablemente larga antigüedad. Pandora es ahora un mundo pujante gracias a su condición de nudo de comunicaciones que ha atraído a muchos aventureros en busca de fortuna… entre ellos a Adán Villagrán, un personaje que hace su primera aparición en esta novela para alcanzar posteriormente un protagonismo indiscutido en futuras entregas de la saga galáctica de Ángel Torres Quesada, aunque a causa de la irregular cronología de la edición de La Conquista del Espacio esta precuela apareció inicialmente con posterioridad a las novelas del ciclo clásico protagonizadas por Alice Cooper y Adán Villagrán.



A. Thorkent

Las torres de Pandora

Bolsilibros: El Orden Estelar - 17

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 578

ePub r1.0

xico_weno 17.09.15

Título original: *Las torres de Pandora*
A. Thorkent, 1981

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




La conquista del
ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Llevaba dos meses en aquel planeta, que odiaba cada vez con más intensidad. No sabía cuándo conseguiría salir de aquella ratonera, pero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguirlo.

Había probado colarse de polizón en varias ocasiones y siempre era descubierto antes que la nave o el pesado carguero despegasen. Esto lo intentó después de probar inútilmente enrolarse en alguna tripulación, aunque fuese ocupando el más humilde de los puestos. Pero cuando le ofrecían algún trabajo, tenía que desecharlo al saber cuál era la dirección de la nave.

La mala suerte le acompañaba siempre y los destinos que le habían ofrecido eran totalmente opuestos a los que él se había fijado.

—¿Por qué, Ernst, sólo hay plazas libres en navíos que van al lado opuesto de la galaxia a dónde yo quiero ir? —había preguntado en más de una ocasión a su inseparable amigo Ernst Rudman.

—No lo sé. Tal vez si pensaras que querías ir al otro lado encontrases puesto en algún carguero con dirección a la Tierra.

—No te burles —le replicó Adán Villagrán, mirando perezosamente al otro lado de las verjas del astropuerto.

—Este lugar no es tan malo, chico. Uno se gana la vida con cierta facilidad en el astropuerto o la Aldea. Vienen turistas.

—Estoy cansado de este planeta, de sus infinitas llanuras —masculló el joven.

—¿Por qué viniste?

—Me dijeron que aquí podría enlazar con una nave que me llevaría directamente a la Tierra.

—Y así es. Cada dos o tres días llega una con dirección a la Tierra. ¿Qué te pasó?

—La misma noche que llegué, me robaron el dinero para

adquirir un pasaje —Adán se encogió de hombros—. Entonces era un ingenuo y me dejé engatusar por una linda nativa de abultados senos y sinuosas caderas. Después de un rato de amor, y cuando averiguaron que disponía de bastante dinero sus compinches me robaron.

—Sólo se puede enseñar el dinero justo, amigo —sonrió Ernst.

—Ajá. Pero lo aprendí tarde. —Miró al pequeño Ernst—. Y ¿qué haces tú aquí?

—Oh, mi historia es tan vulgar como la tuya, Adán. Algún imbécil me dijo que encontraría yacimientos de ondarita en las llanuras de Dravia. Durante dos años gasté hasta el último crédito pagando un equipo de holgazanes que removiera la arena para mí. Luego quise que me repatriasen a mi mundo de origen y me encontré con la desagradable sorpresa de que aquí no tenía un cónsul que me representase. Desde entonces me gano la vida como puedo.

Rudman se incorporó y sacudió la arena que se había pegado a sus pantalones. Miró el cielo azul. Las estelas de las naves que descendían sobre el astropuerto atrajeron un momento su atención.

—Hoy hay mucho tráfico. Un conocido me dijo que llegaría, entre tantos cargueros, una nave con turistas. Van de tránsito hacia Casiopea, pero algunos se quedarán aquí varios días.

—Irán a Andorville, seguro. Desde hace tiempo los turistas han perdido todo interés por las llanuras de Dravia y sus célebres Torres. Y Aldea está tomando fama de urbe insegura. ¿Será cierto el rumor que circula por ahí?

—¿Qué rumor?

—Que el gobernador Walrafen piensa cerrar casi todos los establecimientos de Aldea.

—No lo creo. Los navegadores protestarán. Aldea está mucho más cerca del astropuerto que Andorville.

Adán asintió. La populosa ciudad de Andorville se hallaba a casi mil kilómetros de distancia del astropuerto y el monorriel de tubo aún no estaba concluido. Por lo tanto, quien quisiera desplazarse hasta allí para buscar diversiones tenía que alquilar un vehículo y enfilar la recta carretera de caucho durante seis pesadas horas. Existía una línea de vehículos aéreos, pero era escasa y su cadencia de vuelos cada hora no satisfacía a los turistas o navegadores del

espacio.

Por el momento, Aldea seguía siendo lo más cercano al gran astropuerto y el gobernador cometería una locura queriendo eliminar la perversión de Aldea y cubrirla de una aburrida moralidad.

—Algún día ganaré el dinero suficiente y saldré de aquí —decía a menudo Adán—. Tengo que proseguir mi camino.

Y Rudman se encogía de hombros, pensando que los setenta y cinco años luz que les separaban de la Tierra no podían salvarse sólo con entusiasmo. Su compañero de desventuras le resultaba demasiado honesto. Para Rudman era un mal socio para conseguir dinero.

Anduvieron unos metros, siempre cerca de la salida principal del astropuerto. Escucharon el rugido de una nave al aterrizar, pero no consiguieron verla porque debió usar una de las pistas más alejadas, de las situadas al norte.

—En los almacenes del aldabariano habrá trabajo esta noche —dijo Rudman—. Creo que esta tarde recibirán unos envíos.

Aquello supondría unos créditos, pensó Adán. Dinero para dos o tres días. El ser de Aldebarán pagaba bien a quienes trabajaban con ganas. Pero no significaría para Adán la posibilidad de salir de Pandora.

Aquella mañana no había nada que hacer en los alrededores del astropuerto. Vieron otros grupos de desocupados, vagabundos o drogadictos. Cuando llegó un vehículo de la policía, todos empezaron a alejarse de allí.

Adán y Ernst Rudman hicieron lo mismo. Caminaron en dirección a Aldea. De vez en cuando, Rudman pegaba un puntapié a un guijarro.

—Creo que tengo una idea para conseguir dinero en cantidad y rápido —susurró.

—No pienso seguir tus consejos y volver a jugarme los créditos que obtengamos esta noche en las carreras o apostando en algún garito, amigo —rió, Adán—. Estoy escarmentado.

—Me refería a otra cosa —Rudman se detuvo y le miró de arriba abajo—. Tengo un amigo que trabaja en una agencia de viajes. Me ha pasado cierta información que podría resultar interesante si la tratamos convenientemente.

—¿Qué clase de información?

—Antes debemos ganarnos esta noche algún dinero. Necesitamos pasta, amigo.

—¿Para qué?

—Mañana iremos a ver a Corcomen.

—¿Al sastre? —preguntó Adán extrañado.

—¡Claro! Necesitaremos tener un buen aspecto.

* * *

Adán Villagrán vestía ropas que olían excesivamente a almacén. Pero tenía buena presencia y se sintió seguro de sí mismo. Resueltamente entró en la agencia de viajes. El hombre que estaba detrás del mostrador le miró nerviosamente.

—Me envía Rudman —empezó diciendo Adán.

—Lo sé, lo sé —replicó el hombre.

Adán sabía que se llamaba Spencer y era, como él, oriundo de la Tierra. Spencer puso sobre el mostrador unas llaves y una credencial, diciendo:

—El jefe se ha largado unos días de vacaciones a Andorville y me pidió que buscase un ayudante. Firma aquí y todo será legal. Pero luego yo diré que estabas a prueba y te despediré cuando todo se descubra. ¿Entendido?

Adán asintió. Rudman le había puesto al corriente. Firmó al pie del contrato de trabajo y se guardó la copia que le entregó Spencer.

—Se trata del profesor David Tzamalis y una mujer, tal vez su ayudante o su amante, no lo sé, llamada Lorena Grant.

—¿Terrestres?

Spencer se encogió de hombros.

—No lo sé. Enviaron un mensaje hace dos días pidiendo un vehículo mixto con guía. Lo ignoran todo respecto a Pandora, pero están interesados en las Torres. —Spencer se encogió de hombros—. Serán unos turistas chiflados, pero vienen cargados de dinero. Tal vez sean arqueólogos o historiadores. Quizá lo primero.

»Ya les tengo reservado alojamiento en Aldea, en el hotel Epimeteo. Y eso es lo difícil. Ellos querían alojarse en Andorville, pero tú debes convencerles para que se queden en Aldea.

—¿Porqué?

—Porque ellos deben comenzar en seguida a interesarse por las

Torres.

—¿Y si no se interesan?

—Entonces todo el plan se viene abajo —masculló Spencer—. Tú, Rudman y yo nos quedaremos sin dinero.

—El timo me parece vulgar.

—Los vulgares son los mejores —rió Spencer.

—Supongo que luego tendremos tiempo de marcharnos de aquí…

—Claro que sí. Yo me quedaré, por supuesto. No me pasará nada. Mi jefe me echará una reprimenda por haber contratado a un timador, y la pareja de turistas se marchará avergonzada y con menos dinero.

Villagrán hizo saltar en sus manos las llaves del vehículo mixto, pensativo.

—Esperemos que Rudman sepa cumplir con su papel. De todas formas no me complace la idea. Es como robar.

—Piensa que será tu oportunidad de escapar de este planeta, que tanto parece molestarte.

—Pienso en realidad que las intenciones que me impulsan hacia la Tierra no están en consonancia con lo que voy a hacer —suspiró Adán.

—¿Eres terrestre? —Pregunto Spencer, vivamente interesado—. No lo sabía. Yo nací allí, pero llevo aquí casi cinco años.

—A mí me llevaron mis padres a Cástor III cuando apenas contaba dos años. Hasta ahora he trabajado en una granja, pero me cansé y partí de allí. Quería ir a la Tierra.

—¿Para qué? ¿Qué se te ha perdido allí? ¿Sólo por motivos sentimentales?

—No, no es eso. Quiero…

Adán se calló. ¿Qué le importaba a aquel tipo lo que él quería hacer en la Tierra? Si se lo contaba, seguramente se reiría de él y tendría que darle un puñetazo en su ruin rostro.

Salió de la oficina. Delante de ella había aparcado un hermoso y enorme vehículo mixto, capaz de rodar a más de doscientos kilómetros por hora en una carretera de caucho o volar a cuatrocientos si los vientos eran favorables. Tenía seis asientos además del destinado al piloto y una amplia capacidad de carga.

Lo puso en marcha y lo hizo avanzar por la calzada. Salió de

Aldea y se dirigió a la entrada del astropuerto. Allí presentó las credenciales a uno de los vigilantes, quien hizo una señal a su compañero para que le permitiese el paso a través de la barrera de energía.

Adán repasó las señas y condujo el vehículo a lo largo de la amplia carretera que discurría por entre las pistas de aterrizaje. Se cansó de contar cargueros y naves. Había muchas en el astropuerto. Pandora estaba en medio de un importante núcleo de mundos y su prosperidad la debía principalmente al intenso tráfico estelar que durante los últimos años había estado recibiendo.

Fue leyendo los postes luminosos con los números de las pistas. Vio una gran nave, un carguero con pasaje. Procedía de la Tierra. Y en el panel de vuelos estaba escrito que proseguiría su largo periplo hasta más allá de las Nubes Magallánicas. Varias docenas de grúas magnéticas estaban descargando cientos de bultos, que depositaban en cintas rodantes. Cerca de la salida de la nave, a la que se le había adosado un ascensor, se congregaban algunas personas. Varias subían a un vehículo perteneciente al astropuerto. Seguramente serían turistas que querían aprovechar las horas que la nave permanecería en Pandora para conocer algunos atractivos turísticos del planeta.

Adán sonrió. En Pandora, excepto las Torres, no había muchos lugares que atrajesen a los turistas, como no fuese que la contemplación de la gran llanura de Dravia supusiese para ellos algo insólito.

Entonces se dijo que él procedía de un mundo con pocos millones de habitantes, donde las desiertas zonas eran cosa normal. Y para los seres que procedían de mundos superpoblados, la visión de Dravia debía suponerles un espectáculo sobrecogedor. Claro que viajando al oeste, pasando por la gran ciudad de Pandora, Andorville, podían visitarse unas cosas de gran belleza. Allí había balnearios y un gran complejo turístico. Para gozar de él se necesitaban varios días, y no unas horas.

Aparte de su extenso complejo del astropuerto, Pandora basaba su economía en la producción de alimentos muy apreciados en los mundos cercanos, que exportaban junto con exóticas pieles de los grandes mamíferos anfibios que criaban en granjas instaladas en las marismas del noroeste.

Adán detuvo el vehículo en el lugar destinado para tal menester y se dirigió, caminando lentamente, hacia las pocas personas que quedaban al pie del ascensor, una vez que el autobús había partido.

Se dirigió a un oficial de la nave y preguntó por el profesor Tzamalis. El oficial se volvió y alzó la mano hacia el, ya pequeño, grupo de personas.

—Señor Tzamalis, de la agencia de viajes preguntan por usted.

Un hombre de mediana edad avanzó hacia Adán. Le seguía una muchacha joven, de gran belleza y roja cabellera, que el viento hacia flotar como una rugiente antorcha.

—Soy el guía Villagrán, señor Tzamalis —dijo Adán—. Estoy a su disposición.

Él hombre le estrechó la mano distraídamente. Cuando se acercó la muchacha, dijo:

—Ella es Lorena Grant, mi ayudante.

Adán estrechó una mano larga y cálida. La chica le sonrió largamente y él se sintió impresionado por la belleza de su rostro y la maravillosa figura encerrada en aquel ajustado traje azul.

Se interesó por el equipaje de ambos. Inmediatamente apareció un sirviente de la nave, que puso dentro de la caja del vehículo varios bultos que un robot había cargado.

—Cuando quiera, señor Villagrán —dijo el profesor.

Adán subió, y después de poner el motor en marcha, preguntó:

—¿Les llevo al hotel, señor?

El profesor negó vigorosamente con la cabeza.

—No. Llévenos a las Torres.

Sonrió con amplitud, agregando, como saboreando lo que estaba diciendo:

—A las únicas Torres del universo, a las Torres de Pandora.

Adán se encogió de hombros. Su mirada se cruzó con la de Lorena y ambos se sonrieron.

CAPÍTULO II

En su papel de guía erudito Adán explicó:

—Las llamamos las Torres de Pandora. Son conocidas desde hace siglos, cuando llegaron los primeros colonos. Este planeta fue abierto por el Orden Estelar cuando lo descubrieron en los primeros tiempos de la reorganización de la galaxia. Ni siquiera en tiempos del Gran Imperio fue visitado por humanos. Pero al expandirse la colonización de las Nubes cobró gran categoría como planeta de enlace.

El profesor asintió, sin dejar de mirar las orgullosas y esbeltas torres que refulgían al sol emitiendo destellos metálicos.

—Hablemos mejor de las Torres, señor Villagrán —pidió.

—Llevo poco tiempo en el planeta y me temo que pueda saber acerca de las Torres lo mismo que usted, señor. Tienen más de mil metros de altura y un diámetro de cincuenta en la base y veinte donde comienza la esfera de ese color plateado tan intenso. Estaban aquí cuando llegaron los primeros humanos y fue una auténtica sorpresa para todos. Claro que entonces la situación bélica y social en la galaxia carecía de estabilidad y la noticia de su existencia tardó mucho tiempo en llegar a la Tierra.

—De todas formas, nunca hicieron investigaciones a fondo en ellas —musitó Tzamalis, moviendo la cabeza con pesar.

—No, creo que no —admitió Adán—. La segunda Torre es idéntica a la primera y está a veinte kilómetros al este, al otro lado de donde la sierra Garla se confunde con la llanura de Dravia.

Lorena miró hacia donde salía el sol, la estrella Pandovia. Podía verse la cúspide de la segunda Torre sobresalir entre los pocos elevados montes de la sierra Garla.

—Esa sierra es como una inmensa cordillera para este planeta tan liso como una manzana —sonrió Adán—. El punto más alto apenas alcanza quinientos metros. No resulta un desafío para los

alpinistas.

La chica rió al comentario de Adán. El profesor apoyó la espalda en el vehículo, protegiéndose del implacable sol que ascendía por el cielo. La primera Torre estaba a unos doscientos metros de ellos y había que echar muy atrás la cabeza para poder distinguir su cúspide.

—Es absurdo que no se haya investigado más —dijo Tzamalis—. Absurdo.

—La primera Torre es hueca por dentro, pero posee unas paredes tan lisas que nadie ha podido hasta ahora alcanzar la pequeña esfera que la corona. La otra Torre está rellena de una especie de plástico tremendamente duro. Su entrada está cegada y los disparos de un láser de gran potencia sólo consiguen perforar ligeramente esa extraña aleación.

Tzamalis se alzó de hombros.

—Hay medios sobrados para alcanzar la esfera de la primera Torre —dijo—. Creo que instalando una plataforma en el interior… O quizás usando un vehículo aéreo con estabilizadores, podría encontrarse la forma de entrar en la cúspide desde el aire.

Adán movió la cabeza negativamente.

—Ya se intentó, señor. Sobre la Torre corren vientos violentos. Y en cuanto el interior… Tengo entendido que las paredes son tan lisas que no se ha podido fijar a ellas soldadura alguna o tornillo.

—Quienes lo intentaron carecían de entusiasmo o de medios.

Ante aquellas palabras, Adán enarcó una ceja. ¿Quería decir el profesor que él disponía de ambas cosas? Comprendió que había llegado el momento que debía decir:

—Señor, existe además un problema.

El profesor se volvió a él, intrigado.

—¿Qué quiere decir?

—Años atrás se rumoreó que en las llanuras existía ondarita, y llegaron muchos buscadores y enviados de sociedades mineras. El gobernador tuvo que conceder licencias. Cometió un error.

—¿Qué error? No entiendo nada…

—Es sencillo, profesor Tzamalis —sonrió Adán, sintiéndose en realidad cada vez más incómodo—. Aquel gobernador extendió un permiso de explotación a un tipo que representaba una compañía minera de la que él era único dueño. Al fijar los límites, no se dio

cuenta que incluía toda la sierra Garla y las dos Torres. Por lo tanto, legalmente este terreno tiene un dueño. Al menos, mientras dure la concesión.

—¿Pretende decirme que estamos pisando terreno privado? —preguntó Lorena vivamente sorprendida, mirando el terreno que pisaba como si fuera algo vivo.

Adán suspiró teatralmente.

—Así es. Comienza aquí —trazó una línea con la puntera de su bota delante de ellos—. Al otro lado no podemos pasar sin autorización de su propietario legal.

El profesor apretó los labios.

—Tengo que ver al gobernador actual. Tendrá que llevarnos a Andorville. Supongo que allí viviría ese imbécil que otorgó las concesiones.

—El actual gobernador, Walrafen, no tiene nada que ver con eso. Las concesiones fueron hechas por su antecesor y sería perder el tiempo. Walrafen le dirá que se las entienda con el dueño de estas tierras.

Tzamalis abarcó de un vistazo las desoladas tierras, de arena intensamente amarilla.

—No se ven rastros de perforaciones, ni de instalaciones mineras…

—Esos ilusos pronto se dieron cuenta de que no había ondarita y se marcharon.

—¿Y el tipo que recibió esta concesión?

—Se quedó.

—Es lamentable.

—Desde luego. Se le acabó el dinero y emprendió otros negocios. No le van bien y siempre anda falto de créditos.

La insinuación estaba hecha y Adán volvió a preguntarse si aquella trama podría tener algún resultado positivo. Pero viendo la desesperación y rabia que embargaba al profesor, empezó a considerar la posibilidad de que el plan urdido por Rudman llegara a feliz término.

Y por un momento deseó que David Tzamalis se enfadase y mandase al diablo todo aquello, regresando cuanto antes a la Tierra.

Pero el profesor le estaba diciendo:

—Quiero ver a ese hombre… ¿Cómo me dijo que se llama?

—No se lo he dicho, señor. No recuerdo bien su nombre.

—Entonces búsquelo. Iremos a Andorville a entrevistarnos con él.

—Lo que sé es que vive en Aldea. No le aconsejo que vaya a Andorville. Además les tengo reservadas habitaciones en el hotel Epimeteo, en Aldea.

El profesor entornó los ojos.

—¿Quién puso a este planeta Pandora como nombre?

—No lo sé, señor. ¿Es importante para usted saberlo?

—Nada de eso —rió Tzamalis—. Quien sea el dueño del hotel Epimeteo; debe ser una persona culta. ¿Sabe quién fue Epimeteo, Villagrán?

Adán lo negó con la cabeza.

—Se lo contaré otro día. —Se secó el sudor de la frente y subió al vehículo, donde había un acogedor ambiente gracias al acondicionador. Desde el interior, agregó—: Vayamos entonces a Aldea. Localice a ese tipo. Quiero verlo cuanto antes.

El guía ayudó a la chica a subir y, mientras se instalaba en el asiento para tomar los mandos, preguntó al profesor:

—¿Puedo preguntarle a qué viene su interés por las Torres de Pandora, señor?

—Ya ha hecho la pregunta, joven —rió Tzamalis—. Antes llamé únicas a las Torres de Pandora. Y así es. Tengo la esperanza de que, cuando termine en ellas mis estudios, toda la galaxia se sorprenderá. Y también lamentará que hayan pasado tantos años abandonadas, alzadas en estas llanuras como una atracción turística. —Luego, más lúgubremente, añadió—: Y entregadas por un plazo de tiempo a un estúpido minero.

Hizo un ademán imperioso a Adán, para que arrancase. Luego, durante el viaje de regreso, le apremió a que acelerase todo cuanto pudiese.

* * *

Adán subió hasta el segundo piso del hotel y se detuvo dubitativo en el pasillo. Sabía cuáles eran las habitaciones que ocupaban ellos, pero ignoraba cuál era la de Tzamalis.

Miró las puertas 211 y 212, sin decidirse a llamar a una de ellas.

Ignoraba si éstas se comunicaban por dentro. Aunque el profesor le había presentado a la chica como su secretaria podía ser también su amante, y no quería llegar en un momento inoportuno. Pero recordó que Tzamalis tenía grandes deseos por saber de su gestión ante el propietario de los terrenos donde estaban enclavadas las Torres y eligió la 211.

La chica le abrió la puerta, invitándole a entrar. Se hizo a un lado y Adán, al pasar junto a ella, la miró con admiración. Ella vestía una corta bata semitransparente. Podía ver su esbelto cuerpo desnudo dentro del tenue vestido.

—¿Y el señor Tzamalis? —preguntó, sin poder apartar la vista de ella.

—Descansa. No podrá verle ahora.

—Pues llámele. He visto al propietario de la concesión. Se llama Ernst Rudman y vendrá mañana a ver al profesor; pero me ha costado mucho convencerle.

Lorena se sentó con indolencia en una butaca. De la mesa de al lado tomó una botella y echó un poco de frío licor en una copa, que en seguida cubrió de escarcha.

—No podrá ser —dijo Lorena, mirando a Adán por encima de la copa. Al poner sus labios en el cristal la escarcha empezó a diluirse.

Adán la miraba. Pensó que ella debía ser una chica tan ardiente que al licor local, que debía beberse muy frío, lo calentaba con el suave contacto de sus sensuales labios…

—¿Por qué? No puede tener un sueño tan profundo.

—Oh, usted no puede saberlo. Es verdad. El profesor ha de someterse periódicamente a unos sueños. Posee un corazón artificial y ahora está regenerándolo. ¿Para cuándo es la cita con el señor…?

—Señor Rudman. La he concertado para mañana a las diez. Pero si cree que no será posible, puedo localizarle y aplazarla.

—No será necesario. El profesor estará estupendamente antes de esa hora, señor Villagrán —dijo Lorena sonriendo. Dejó la copa y se pasó las manos por el cabello de fuego rugiente.

—Celebro que el señor Tzamalis descanse largamente.

Se acercó a la mesa y tomó la copa que había dejado la chica. Se la acercó a los labios.

—¿Por qué se alegra, señor Villagrán?

—Un momento —devolvió la copa a la mesita—. He descubierto

sus secretos.

—¿Tocando el cristal dónde he posado mis labios? —Sonrió ella.

—Exacto. Y sé que usted no desea que yo me marche.

Se sentó junto a Lorena y le pasó la mano por la cintura, atrayéndola hacia él. Ella echó hacia atrás la cabeza, pero no había en su gesto ningún indicio de malestar.

—Son muy impulsivos los pandorianos —musitó.

—Soy de la Tierra.

—Eso no me importa. Me gustas, Adán.

Lorena se agarró a su cuello y le besó largamente. Su tenue vestido se desintegró y Adán admiró el detalle de aquella fibra textil que hasta entonces no conocía. Siempre había dicho que los diseñadores de moda en la Tierra poseían una gran imaginación y un elevado sentido práctico.

* * *

David Tzamalis lanzó una maldición y golpeó con rabia la mesa, haciendo que las botellas y las copas saltasen.

—Sencillamente, señor Rudman, eso es un robo —le gritó.

Rudman, sentado frente al profesor, emitió una beatífica sonrisa y cruzó los dedos delante de su abultado vientre.

—Lo toma o lo deja, señor.

—Veinte mil créditos por obtener su autorización para indagar en las Torres me parece excesivo.

—A mí me costó más dinero obtener la concesión para buscar ondarita, señor. Y no hallé ni un gramo. Por mi parte, no llamé ladrón al gobernador de entonces. Me resigné.

El profesor gruñó algo entre dientes que su interlocutor no supo interpretar.

—Déjeme ver otra vez los certificados —pidió.

Mientras sacaba los papeles por segunda vez de su cartera, Rudman lanzó una mirada inquieta hacia Adán, que permanecía silencioso al otro lado de la habitación.

—Están en regla, señor —dijo Rudman.

—Lo sé, lo sé. Sólo quería cerciorarme de que su concesión aún no ha caducado —dijo Tzamalis, devolviendo los papeles llenos de sellos y firmas después de mirarlos.

—La concesión no prescribe hasta dentro de dos años, señor —

sonrió Rudman—. Entonces las Torres volverán a ser del dominio público. Soy honrado y debo decirle que me tiene en sus manos. Puede volver dentro de dos años y no le costará nada conseguir un permiso arqueológico del gobernador.

—¿Se burla usted? No puedo quedarme dos años aquí sin hacer nada. Regresar a la Tierra y volver aquí dentro de dos años sería un mal negocio. Los pasajes cuestan casi tanto como lo que me pide.

Rudman suspiró y empezó a levantarse. Tzamalis le detuvo con un gesto de la mano.

—Espere. Le daré diez mil créditos.

—Veinte mil. Ni un céntimo menos.

—Está bien —gruñó el profesor. Sacó un talonario y extendió un cheque por la cantidad exigida. Lo firmó y le puso el sello—. Le será abonado mañana.

Rudman tomó el talón y lo miró con desconfianza.

—¿Por qué no hoy?

—Aún no me ha entregado la autorización para penetrar en sus tierras, señor Rudman. Espero que me la dé hoy mismo sin falta.

—No era preciso esta muestra de desconfianza, señor. ¿Para qué darme un talón con cobro de mañana? ¿Para poderlo anular si no cumpliese lo estipulado? —Rudman se encogió de hombros—. Estos turistas ven estafadores en todas partes. Tenga, es mi autorización. Durante el tiempo que resta de la concesión, usted es el dueño en usufructo.

Asombrado, Tzamalis tomó el documento.

—Venía preparado… ¿Tan seguro estaba que aceptaría?

—Sí. Tenía esa premonición.

—No hacía falta el permiso para tanto tiempo, sin embargo.

—Es igual. Ese montón de desierto no me sirve para nada. Ya ve que en cierto modo soy generoso.

—Oh, sí. Y se lo agradezco. Si encuentro en las Torres lo que espero, con este documento impediré que algún desaprensivo se acerque a curiosear y pueda hacer algún estropicio.

Adán disimuló una sonrisa mirando a otra parte. En cambio, Rudman no ocultó su satisfacción.

—¿Qué pretende encontrar en esas Torres, señor?

Tzamalis le miró un instante preocupado, pero terminó poniendo expresión risueña y dijo:

—Se lo diré porque usted me cae simpático, señor Rudman. Esas Torres estuvieron aquí tal vez por miles de años, antes que llegaran los humanos. ¿Quiénes las construyeron y para qué? Eso es lo que pretendo averiguar.

Rudman le estrechó la mano. De pronto parecía tener prisa por marcharse. Se guardó bien el talón y se retiró después de asegurar que se alegraría mucho si el profesor conseguía salirse con la suya.

—Si usted no me necesita para nada, ahora me gustaría salir —dijo Adán—. Tengo que hacer unas cosas y…

—Márchese; pero le espero aquí dentro de dos horas, señor Villagrán. ¿Sabe dónde está la señorita Grant?

—No. Creo que fue de compras. Profesor, ¿está convencido que descubrirá quiénes levantaron esas Torres?

—¡Desde luego! Y también con qué objeto.

—Los que lo intentaron, según tengo entendido, fracasaron.

—No miraron las cosas desapasionadamente. Yo tengo todos los informes que se emitieron con esas investigaciones. Nadie sabía qué buscar y tampoco contaban con los medios. Yo tengo una firme idea y dispongo de dinero. Contrataré un buen equipo y máquinas. Ah, si encuentra a Lorena, dígale que la necesito. Tengo que redactarle una extensa lista con todo lo que vamos a necesitar estos días.

—Así lo haré, profesor —asintió Adán. Quería salir pronto de allí y buscar a Rudman para cobrar su parte.

Y si todo salía bien, aquella misma noche saldría de Pandora para siempre.

CAPÍTULO III

Encontró a Rudman cerca del astropuerto. Concretamente en una taberna, bebiendo en compañía de Spencer.

—Quiero mi dinero —dijo Adán impetuosamente, apenas se hubo sentado.

Rudman dejó de beber y miró a su amigo.

—¿Estás loco? ¿No te has dado cuenta de que hasta mañana no cobraré el dinero?

—Esta noche parte un navío hacia la Tierra. Sé que hay pasajes y quiero adquirir uno.

—Es cierto. —Asintió Spencer—. Me han ofrecido la venta de varios.

—Tú puedes facilitarme el pasaje, Spencer.

—Imposible. Sin dinero…

—Cárgalo a la cuenta especial de la agencia. Mañana, cuando cobres tu parte, Rudman te dará también la mía, la correspondiente al pasaje.

Por la mirada indecisa de Spencer, Adán comprendió que éste no estaba dispuesto a hacer aquello. ¿Por qué? ¿Acaso no se fiaba de Rudman?

—Imposible. El jefe regresa esta tarde. Por cierto, tendré que despedirte —Spencer suspiró—. Lo comunicaré al Registro para que anulen tu contrato.

Rudman empujó una copa, diciendo conciliador:

—Mañana o pasado habrá otra nave hacia la Tierra. ¿Qué importa un día cuando has esperado dos meses, muchacho?

—¿Es que no lo comprendéis? El profesor quiere ir esta misma tarde a las Torres —se volvió, furioso, hacia Spencer—. Y tú dices que ya no trabajo para la agencia. ¿Cómo me las arreglaré? Si el profesor ve que me quito de en medio, sospechará y podrá averiguar que le hemos engañado.

—Es cierto —admitió Spencer—. Pero tú no le digas nada a ese Tzamalis. No tiene que saber que ya no eres un empleado de la agencia. Llévale esta tarde al desierto, si es su gusto.

—¿Y el vehículo?

—Está pagado por una semana. No hay problema. Y en cuanto a la nave con destino a la Tierra… creo que llegará otra mañana y partirá dentro de dos días. Te reservaré un pasaje en ella.

Adán resopló. Bebió su copa y dijo:

—Bien. Si no hay más remedio… Pero mañana quiero mi dinero, Rudman. Los ocho mil créditos.

—Siete mil. Spencer dice que él se arriesga tanto como nosotros y quiere seis mil —rectificó Rudman.

—No es lo acordado.

—Te sobrará para adquirir el pasaje —sonrió Spencer—: Las naves de regreso a la Tierra suelen hacer descuentos para completar los camarotes.

Adán hubiera golpeado a aquel tipo. Y también a Rudman. Súbitamente pensó que su amigo o los dos le estaban engañando. Pero el talón no podría hacerse efectivo hasta el día siguiente y hasta entonces no tendría evidencia alguna de sus temores.

—De acuerdo. ¿Qué harás tú, Rudman?

—Seguramente me largaré también de Pandora. Spencer es el único que tiene las espaldas bien cubiertas. No le pasará nada cuando el viejo sepa que le hemos timado veinte mil créditos.

—No tomes un pasaje para la Tierra —gruñó Adán—. No me gustaría tenerte como compañero de viaje.

Salió sin esperar respuesta. Apenas escuchó un comentario sorprendido de Rudman por lo que acababa de decir.

Al otro lado de la calle, había un establecimiento de comidas. Apenas tenía una hora para volver al hotel y buscar al viejo y a la chica. Forzosamente tenía que llevarlos a las llanuras. En caso contrario levantaría sus sospechas anticipadamente.

Subió al piso donde estaba el restaurante. Era un lugar caro, pero disponía de algo de dinero y quería comer bien. Eligió una mesa cerca del ventanal, un buen lugar para observar una gran extensión del astropuerto. Ordenó al robot una comida y, mientras la esperaba, observó cómo una plateada nave rugía en su base y se posaba cerca de los edificios administrativos del enclave.

Los ojos de Adán admiraron la maravillosa línea del aparato estelar. No era una Unidad Exploradora, las célebres esferas de oro que recorrían la galaxia buscando Mundos Olvidados. Se las llamaba abreviadamente Unex y el Orden Estelar también las utilizaba para proteger las fronteras. Aunque esta nave pertenecía al Orden, se trataba de un vehículo más pequeño. No conocía el modelo, pero tenía las dimensiones de un crucero de ligero tonelaje. Apenas tendría una tripulación superior a los cien hombres, mientras que las gigantescas Unex no solían descender en la superficie de los planetas y portaban en sus entrañas rápidos cazas y hasta algunos de aquellos cruceros.

¿Qué haría una nave del Orden en Pandora? Durante los dos meses que llevaba allí, nunca había descendido un crucero del Orden.

Era extraño.

Se sintió emocionado y, de no haber sido porque tenía que ir a las llanuras aquella tarde, le gustaría entrar en el astropuerto y ver de cerca la esbelta nave dorada. Se dijo que si volvían antes del anochecer, intentaría solicitar una entrevista con el comandante de aquella nave.

* * *

Apenas la nave Luntraque abrió su escotilla principal el gobernador de Pandora, Walrafen, se dirigió por la rampa al encuentro del capitán Seymour Zerder.

El capitán se cuadró un instante y luego estrechó la mano del gobernador.

—Bienvenido a Pandora, capitán —dijo Walrafen—. Es un honor recibirle.

—¿Conoce el motivo de mi visita, señor? —preguntó el capitán.

Era joven, uno de los capitanes más jóvenes del Orden que el teniente había visto. Apenas contaría con treinta años y ya lucía dos distintivos escarlatas, lo que significaba que, por dos veces, había participado con éxito en la aproximación a Mundos Olvidados.

—No, capitán. El mensaje que recibí del sector Vega-Lira sólo me anunciaba su llegada.

El capitán le pidió que le llevase a algún sitio en donde pudiesen

conversar en privado.

Walrafen le condujo al despacho del director del astropuerto, quien, después de saludar a Zerder y a una indicación del gobernador, se excusó para dejarles solos.

—No es frecuente la llegada de naves del Orden a Pandora, capitán —dijo Walrafen—. Admito que estoy intrigado.

—No se alarme, señor —sonrió el capitán—. Aunque mi presencia aquí se debe, como es de suponer, a una crisis, ésta es liviana, carente de peligro.

—¿Crisis?

—Sí. Se ha detectado una alteración estelar en esta zona. La supernova localizada en el sector cubical
MOIK-8976
cruzará un amplio arco estelar. Por lo tanto, mientras dure la expansión radiomagnética, se verán interrumpidas todas las comunicaciones instantáneas vía láser. Tampoco llegarán naves a Pandora en varias semanas.

El capitán miró el extenso campo donde se veían cientos de naves y cargueros.

—Las naves que tengan programadas su salida para hoy y mañana podrán hacerlo, pero las demás, lamentablemente, deberán permanecer aquí hasta que la lluvia de interferencias nos rebase.

—Comprendo —asintió el gobernador—. Conozco lo que es una tormenta provocada por una supernova.

—Lo celebro. Así sabrá que no hay peligro alguno si se toman las precauciones adecuadas.

—La economía de Pandora se resentirá un poco por no recibir visitas durante… ¿Cuánto tiempo dijo que no vendrían naves, capitán?

—Exactamente no lo sé. Nos darán el aviso desde el sector
Vega-Lira
. Eso será la indicación de que las comunicaciones quedarán restablecidas. Calculo, de todas formas, que serán unas cuatro o cinco semanas.

—¿Debo comunicarlo a la población?

—Sería lo normal. Pero insista en que no hay peligro. Sólo se tratará de una situación un poco molesta, nada más.

—¿Cuándo partirá usted, capitán?

Zerder le miró sorprendido.

—Creí que lo había adivinado. Me quedaré aquí hasta que haya pasado la tormenta.

—¿Para mantener el orden y la serenidad entre la población? —El gobernador casi soltó una carcajada—. Pandora es un planeta civilizado, dentro de lo que cabe. Con mi reducido pero eficaz cuerpo de policía mantengo la autoridad sin problema alguno.

—Estoy seguro de ello, señor. Pero tengo mis órdenes. El Alto Mando ha creído conveniente que en todos los mundos afectados por la tormenta de la supernova haya al menos un crucero del Orden Estelar. En otros mundos se han enviado incluso dos y tres Unex.

—No me molesta su presencia, capitán. Por el contrario, lo celebro. ¿Tiene que darme alguna instrucción más?

* * *

Adán tuvo que admitir que Lorena trabajaba con eficacia. Aquella tarde hacía apenas media hora que estaba merodeando alrededor de las Torres cuando llegó una larga fila de grandes vehículos. Procedían de Andorville y habían viajado desde la gran ciudad a través de la carretera de caucho hasta Aldea y desde allí, por la llanura, hasta las Torres.

Un hombre bajó del primer camión y se dirigió al profesor, presentándose como Archibald. Fumaba un grueso cigarro que olía terriblemente.

—Descárguenlo todo a mil metros de la Torre número uno —dijo Lorena.

Habían decidido llamar Torre uno a la más occidental y Torre dos a la situada al otro lado de sierra Garla. Adán vio cómo un pequeño ejército de operarios bajaba de los camiones y bajo las duras órdenes de Archibald empezaban a levantar un campamento en el lugar indicado por Lorena. Tzamalis permanecía callado, con gesto crítico.

—¿Cómo es posible que haya organizado todo esto en tan poco tiempo? —Dijo Adán a Lorena—. Pensé que había estado recorriendo Aldea buscando recuerdos…

—Nada de eso, señor Villagrán —Lorena se volvió para mirarle como si fuera la primera vez que lo veía—. Me levanté muy

temprano.

Él asintió.

—Cierto —dijo Adán—. No te vi a mi lado cuando desperté.

—Ahora olvídelo todo y limítese a trabajar. Dormía tan profundamente que me dio pena despertarle y alquilé un coche para ir a Andorville.

—¿Qué has ido a Andorville? —preguntó Adán, tranquilo.

—¿Hay algo de particular en eso?

—Si fuiste a contratar todo este aparatoso equipo, sí. Cuando te marchaste, el profesor aún no había obtenido el permiso del señor Rudman. ¿Qué habría pasado si al volver te hubieses encontrado con que no podíais hacer el trabajo en las Torres?

Ella sonrió por primera vez aquel día.

—Conozco al señor Tzamalis. No había problema con el dinero. Sabía que obtendría la autorización del tipo que poseía la concesión.

—¿De verdad estabas tan segura?

—Claro. El dinero lo puede todo.

—Pues le costó algún trabajo soltar los créditos…

—David es así —rió Lorena—. Pero si ese Rudman le hubiese pedido cien mil, se los hubiese dado. E incluso un millón.

Adán se rascó pensativo la barbilla, viendo cómo Lorena se alejaba de allí. Era una chica extraña. Después de pasar toda la noche con él, le trataba como a un desconocido.

De pronto, sintió ganas de reír. ¡La cara que hubiera puesto Rudman si hubiese escuchado lo que Tzamalis habría pagado con tal de trastear entre las Torres!

Seguramente se habría muerto de un ataque de rabia.

CAPÍTULO IV

Durante todo el día estuvieron partiendo naves y cargueros del astropuerto.

Cuando llegó el momento fijado, los permisos de salida se interrumpieron y la torre de control cesó sus actividades. Se enviaron mensajes a los capitanes y compañías informándoles de las medidas restrictivas.

Cada cual lo tomó como quiso o pudo. Los más se resignaron y pensaron que peor les hubiese podido ir de estar en otro planeta más aburrido que Pandora.

Los vídeos notificaron a la población de Pandora el hecho y nadie le dio mucha importancia. Los negocios se resentirían durante tres o cuatro semanas, pero, en cambio, los que forzosamente se quedaban tendrían que gastar dinero si deseaban conseguir distracción.

Adán recibió la noticia en la habitación de Lorena.

La chica, una vez que terminó el trabajo cerca de las Torres, pareció transformarse en otra y poco tardó en sugerir a Adán que le esperaba en su cuarto.

Aunque receloso, Adán acudió. El televisor estaba encendido y una sonriente locutora dijo que la tormenta de la supernova aislaría durante algún tiempo Pandora, sin más consecuencia que un ligero tedio y aburrimiento que se cerniría sobre la población.

Pero para Adán aquella noticia tuvo el efecto de un mazazo demoledor.

Lorena le miró desde la cama. Tomó el mando a distancia y borró del cubo visor la imagen de la locutora, que ahora continuaba con otras noticias locales.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—Maldita sea, estamos aislados.

—Ya lo he oído. ¿Tiene eso alguna importancia?

Adán se revolvió furioso contra ella. Lorena le devolvió insolente la mirada y él se derrumbó en una silla junto a la ventana. De pronto, se levantó y empezó a vestirse.

—No es necesario que te vayas, cariño —le sonrió Lorena.

—Eso es asunto mío —replicó Adán, mientras pensaba en el pasaje que tenía guardado en el bolsillo, para la nave Cachorro, que tenía prevista la partida aquella madrugada.

—Oh, claro. Pero lo hecho ya no tiene remedio. De todas formas, no habrías podido salir de Pandora.

Adán se detuvo, ya cerca de la puerta. Lentamente se volvió.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer avisé al astropuerto. Los oficiales tienen instrucciones de llamarme personalmente apenas pongas los pies allí.

—¿Por qué te habrían llamado?

—Yo les habría dicho que te retuviesen. Entonces te habría denunciado como estafador.

—¿Así que lo sabías? —dijo Adán con sorna.

—Sí. Cuando estuve en Andorville hice unas investigaciones y averigüé que el anterior gobernador nunca otorgó concesiones mineras. Tu amigo falsificó los papeles y tú le allanaste el terreno, dándole a la farsa un barniz de autenticidad, ¿no?

—Eres muy lista. ¿Por qué no me denunciaste? Incluso pudiste haberlo hecho antes de que Ernst Rudman cobrase el talón.

—Todo esto empezó a resultarme divertido. Decidí dejarlo estar hasta conocer el final.

—Una diversión muy cara.

—Bah. Veinte mil créditos no es nada para Tzamalis. Tiene dinero de sobra, más dinero que entusiasmo. Y te aseguro que de esto último posee en abundancia. Además, sentí una gran curiosidad.

—¿Qué clase de curiosidad?

—¿Para qué querías regresar a la Tierra?

—No deseo decírtelo.

—Es una mala forma de pagarme…

—Denúnciame de una vez y dejemos de jugar.

—No lo haré, por ahora. Me gustaste desde el primer momento y luego en la cama me he enamorado de ti. —Lorena se sentó en el lecho y luego le tendió los brazos—. Ven conmigo, cariño. Mañana

verás las cosas de mejor modo.

Adán esbozó una sonrisa, abrió la puerta y salió dando un sonoro portazo. Dentro, Lorena torció el gesto y apretó los labios.

* * *

Encontró a Ernst en la misma taberna de siempre. Una ampulosa nativa estaba con él y Adán la despidió, ante las protestas de su amigo.

—Nos han descubierto —dijo.

Rudman movió la mano como si quisiera espantar una invisible mosca.

—Bah, tú dentro de unas horas estarás volando por el hiperespacio en dirección a tu querida Tierra. Los mundos como Pandora no tienen derecho a la extradición.

—¿Es que no te has enterado de que todos los vuelos han sido clausurados?

Y le explicó de un tirón lo que había escuchado en el televisor. Ante aquello, los vapores del alcohol parecieron esfumarse rápidamente del cerebro de Rudman.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Rudman.

Con parsimonia sacó un pasaje, que soltó sobre la mesa como algo que apestase. Adán lo miró. Era para un carguero mixto con dirección a Pegaso XI. La nave debía salir poco después que la suya hacia la Tierra. Ahora ambas tendrían que esperar algunas semanas.

—No lo sé. Tal vez devolviendo el dinero…

—¿Estás loco? Spencer no devolverá lo suyo.

—Le obligaremos.

Rudman negó con la cabeza. Pidió que le contase todo y cuando Adán terminó una leve sonrisa floreció en sus carnosos labios.

—No está todo perdido. Vuelve con la chica, le sigues haciendo carantoñas y tal vez ella se olvide de denunciarnos.

—Lo ves muy sencillo, pero no es así. El engaño no puede durar mucho. En cualquier momento alguien le dirá al viejo que nunca nadie ha sido dueño de las Torres.

—Tal vez sí, tal vez no. Tú vuelve con ellos y compórtate como si nada.

—Recuerda que ya no trabajo para la agencia…

—De eso no tiene porqué enterarse el señor Tzamalis. Además,

ese chiflado estará muy interesado en sus investigaciones. Las semanas pasarán rápidamente y… Bueno, con un poco de suerte podremos embarcar en nuestras respectivas naves sin que nada se haya descubierto.

Adán no pudo evitar una sonrisa. Le asombraba la buena disposición de su amigo. Pero ¿por qué no podía ser así? Asintió y Rudman, después de beber un largo trago, añadió:

—Bien, bien. Incluso yo pediré trabajo a Tzamalis, para estar cerca de él y vigilarlo.

—Eso no será posible. ¿Cómo un hombre rico como tú, con veinte mil créditos, va a pedirle trabajo?

—Déjalo de mi cuenta. Ya buscaré la excusa adecuada.

Y Adán estuvo seguro de que la retorcida mente de Rudman tendría un adecuado pretexto.

* * *

Cuando Lorena bajó al vestíbulo, no mostró ninguna sorpresa al encontrar allí a Adán.

—El coche está dispuesto para llevarles a las Torres —dijo Adán secamente.

—Buenos días, Adán —sonrió ella—. El profesor bajará en seguida. Si hoy están listas las casas nos instalaremos allí.

—No dispondrán de las mismas comodidades que en el hotel…

—Pero estaremos más cerca de los trabajos. Y deja de tratarme de usted.

—Sueles hacerlo cuando hay gente cerca.

—Ya no lo haré más. Y me alegro de que hayas vuelto.

Ambos rieron. Adán lo hizo un poco nerviosamente, pero Lorena dejó escapar una risa abierta, de auténtica alegría.

Cuando bajó el profesor, subieron al coche y emprendieron viaje a las llanuras. Allí les salió al encuentro Ernst Rudman, quien abordando al profesor le pidió hablarle a solas.

Adán les vio hablar. Rudman lo hacía, mientras Tzamalis apenas pronunciaba alguna corta frase y se limitaba a asentir. Cuando volvió a su lado, el viejo profesor dijo:

—He dado trabajo al señor Ernst Rudman —suspiró—. El pobre no ha tenido suerte en los negocios y anoche, pretendiendo ganar algún dinero, lo perdió todo en los tugurios de Aldea.

Lorena rió.

—Me alegro de que lo hayas contratado.

David la miró perplejo, sin comprender a qué venía esa alegría. Pero Archibald le llamó para pedirle instrucciones acerca de unas máquinas que debían alzarse acerca de la Torre Uno.

Adán miraba fijamente la Torre cuando Lorena le preguntó:

—¿Qué miras?

—Creo que durante estos días me verás trabajar con ganas. ¿Sabes que esas misteriosas construcciones van a interesarme?

—¿Más que yo? —preguntó la chica melosamente.

—De día, sí. ¿Quién viene?

Y Adán señaló con la mano en dirección a Aldea. Un vehículo flotaba a menos de un metro del suelo y se acercaba velozmente hacia el campamento.

—Es un coche oficial. —Dijo Archibald, que se había acercado a ellos—. Creo que es del gobernador. Sí, ya veo su insignia.

Adán deglutió con trabajo. A lo lejos vio a Ernst, que curioseaba por todas partes, haciendo preguntas a los obreros y molestando más de la cuenta. Le hizo señas, pero el hombre no le vio y se perdió al otro lado de unas chabolas metálicas.

El coche se detuvo y de él saltó ágilmente un hombre uniformado en negro y plata. Descubrió las insignias de capitán y Adán comprendió que se trataba del comandante de la recientemente llegada nave de guerra del Orden Estelar.

* * *

Después de comprobar que todo parecía estar normal en el planeta, una vez anunciado el aislamiento temporal, el capitán Zerder se sintió más relajado. Conocía poco el planeta Pandora y temía una especie de pánico.

El gobernador le tranquilizó, diciéndole en broma que incluso para él la estancia en Pandora resultaría como unas imprevistas vacaciones.

—¿Qué podría ver aquí? —preguntó aquella mañana al gobernador.

—En el oeste hay residencias veraniegas. El clima allí es magnífico y puede bañarse en las azules aguas o practicar toda clase de deportes acuáticos. Andorville es una ciudad como existen miles

en la galaxia, pero Aldea tiene su encanto particular. Y un poco más allá están las Torres.

El capitán asintió.

—Ahora recuerdo que hace tiempo, en algún sitio, oí hablar de las Torres de Pandora. Me gustaría visitarlas.

—Ordenaré que le entreguen un vehículo, capitán, para que lo use como quiera.

—Lamentablemente no puedo alejarme mucho del astropuerto —suspiró Zerder—. Aunque el teniente Corpemerje es eficaz, las ordenanzas me obligan a estar siempre cerca. Me habría gustado ir al oeste, pero hay más de mil kilómetros. Me resignaré visitando las célebres Torres.

—Apenas están a 200 kilómetros. También podrá admirar las llanuras de Dravia y nuestra única zona montañosa. ¿Quiere que le acompañe algún empleado mío?

El capitán negó con la cabeza.

—No. Iré solo y regresaré antes del anochecer. ¿Qué sabe usted de esas Torres?

—Lo que todo el mundo. —El gobernador buscó algo en uno de los cajones de su despacho y sacó un cilindro—. Tenga. Contiene una grabación que le explicará lo que se sabe acerca de las Torres. Como anticipo, puedo decirle que aún se ignora qué clase de seres la construyeron y para qué sirvieron.

—¿No existen otros indicios de algún tipo de civilización en Pandora?

—Nada de eso. Tal vez las Torres tengan más de mil años y es lo único que ha conseguido sobrevivir. Si sus constructores vivieron aquí y levantaron ciudades, de éstas no queda ni el polvo.

—Deben estar construidas con algo terriblemente duradero.

—Por supuesto. Creo que es un metal desconocido, imposible de mellar siquiera. Sólo el láser puede arañarlo.

El capitán hizo saltar el cilindro en la palma de su mano. Se lo guardó y dijo antes de marcharse:

—Lo escucharé mientras me dirijo a las Torres. Por cierto, ¿tengo que solicitar algún permiso para ir allí?

—Nada de eso. Es terreno de todos, cualquiera puede ir. E incluso dormir dentro de una de las Torres si lo desea —rió el gobernador—. Aunque esto último no se lo aconsejaría.

—¿Por qué?

—Fantasmas. Dicen que dentro moran los espíritus atormentados de sus misteriosos constructores.

—Bromea.

—Yo sí, pero muchas personas dicen que es cierto.

En el vehículo prestado por el gobierno de Pandora, el capitán Zerder se trasladó a las llanuras. Desde el astropuerto, que había convertido en su cuartel general mientras se informaba a la población del aislamiento, condujo manualmente el coche. Cruzó Aldea y luego conectó el piloto automático. Entonces escuchó la grabación.

Tuvo que soportar las largas disertaciones de la mujer que, con cálida entonación, ensalzó los encantos de Pandora. Habló de todo y sólo al final se refirió a las Torres. Ante los informes, Zerder se sintió defraudado. Lo que explicó de las Torres era escueto. Al parecer la oficina de turismo de Pandora no disponía de muchos datos o consideraba que no debía extenderse sobre el tema de las Torres en la grabación, confeccionada realmente para turistas con prisas.

Se sorprendió al encontrar un campamento cerca de una de las Torres. El gobernador no le había dicho que en aquellos momentos hubiese allí una expedición científica. Pero como tampoco le había avisado que estarían desiertas, Zerder consideró que la primera autoridad de Pandora podía desconocer el hecho.

Bajó del coche y en seguida llamó su atención la belleza de la mujer que se dirigió hacia él. El ligero viento de la llanura hacía flotar una larga cabellera de color fuego.

—Hola —dijo la chica tendiéndole la mano, que Zerder estrechó —. Soy Lorena Grant. Es un honor recibir a un oficial del Orden Estelar. ¿A qué debemos su visita, capitán? ¿Algún problema burocrático?

Lorena observó que Adán se había quedado donde estaba y parecía nervioso. De reojo vio que Rudman se alejaba, escondiéndose detrás de unos camiones.

—Soy el capitán Seymour Zerder. Mi visita es privada. Sólo la curiosidad me ha impulsado a venir aquí, pero ahora me alegro de haber venido.

—¿De veras? ¿Por qué?

—La he conocido a usted —sonrió Zerder.

Ella rió y le tomó del brazo. Buscó al profesor y presentó al capitán. Luego se volvió para buscar a Adán con la intención de llamarle. Ya que el capitán sólo estaba allí como un turista, tenía la intención de sofocar más a Adán, insinuándole incluso que el capitán buscaba a un famoso delincuente reclamado en cien planetas.

Zerder miro los aparatos que se estaban colocando en la base de la Torre.

—¿Qué se propone hacer, profesor Tzamalis? —preguntó.

—Hasta ahora nadie ha llegado hasta arriba de las torres, capitán. Yo me propongo hacerlo.

—¿Cómo es posible que la gente sea tan poco curiosa en este mundo y aún ignore lo que hay arriba?

—Vientos. Existen vientos fuertes a partir de los ochocientos metros. La Torre mide casi un kilómetro. Esa media esfera debe contener algo. Al menos, eso espero. Venga, capitán. La verá por dentro.

Avistó a Adán y le llamó. Hizo las presentaciones, añadiendo:

—Es nuestro guía. Está contratado por todo el tiempo que duren nuestros trabajos.

—No parece preocuparle el hecho de que este planeta haya quedado aislado —comentó el capitán, después de estrechar la mano de Adán.

—Por el contrario, me alegro. Así no habrá curiosos por los alrededores estos días… Oh, no lo digo por usted, capitán —aseguró Tzamalis—. Me refiero a los turistas impertinentes. Claro que para eso dispongo de la concesión oportuna. Venga, entremos.

Por un momento, el capitán miró asombrado al profesor y Adán deglutió dificultosamente. Lorena le sonrió pícaramente y casi tuvo que empujarle para que entrase él también dentro de la Torre.

Antes de cruzar el umbral, el capitán palpó el frío metal con que estaba construida la Torre. No vio ninguna juntura o unión. Toda la Torre parecía estar construida en una sola pieza, como fundida allí mismo. Descubrió rastros de melladuras y recordó lo que le dijo el gobernador: sólo un láser potente podía arañarla.

Dentro hacía fresco, en contraste con el cálido exterior. El suelo también era del mismo material que las lisas paredes, pero éstas

parecían poseer una fosforescencia que, a la luz del sol, no se apreciaba. El interior parecía estar lleno de un extraño halo que permitía apreciar cómo el cilíndrico y hueco monolito se elevaba sobre sus cabezas hasta desaparecer en un casi invisible punto de unión.

—Arriba, a casi mil metros, está la semiesfera. Es hermética, pero confiamos encontrar algo que nos confirme si es hueca también. En ese caso, tal vez consigamos saber lo que contiene y si existe alguna forma de entrar.

El capitán tenía que echar todo cuanto podía la cabeza hacia atrás para intentar alcanzar el lugar donde terminaba aquel extraordinario y gigantesco tubo.

—¿Cómo piensa llegar allí? —preguntó, adquiriendo una posición antigravitatoria.

—Sellaremos la puerta y ascenderemos. He calculado que la energía almacenada nos servirá para veinte horas. Es preciso aislar el interior de la Torre para que la plataforma del ascensor pueda alzarse. No sé cómo no pensó alguien en este método.

—¿Es que nadie lo intentó? —Preguntó Zerder—. Quizá no es factible.

—¡Lo es! —Dijo el profesor con energía—. Además, ahora estamos intentando conocer hasta qué profundidad penetran en el suelo los cimientos de la Torre. En eso están trabajando los hombres.

—Podría ser peligroso…

—No. Hemos tomado medidas y fortaleceremos la Torre en todo su diámetro. Además, sólo usaremos una sonda de pequeño tamaño.

Salieron al exterior. Adán parpadeó ante la intensidad del sol. La presencia del capitán del Orden no le gustaba; aunque había tenido la idea de visitar el crucero, le inquietaba la visita. Además, temía el comportamiento de Lorena.

Zerder le preguntó:

—¿Cómo es la otra Torre? —Y señaló la cúspide de la Torre Dos, que se alzaba como una fina aguja hacia el cielo al otro lado de la sierra Garla.

—Igual que ésta, capitán —replicó Adán—. Pero su interior está rellenado con una materia extraña. Muy dura, pero con aspecto plástico.

—¿Quién hizo esa barbaridad? —preguntó Zerder con indignación.

—Ningún humano, se lo aseguro —sonrió Adán—. Ya estaba así cuando fue descubierta.

—¿Se podría limpiar?

—Sí, supongo que sí. Pero habría que obtener un permiso especial —dijo mirando de reojo, asegurándose que Lorena o el profesor no le escuchasen. Los dos estaban un poco apartados, discutiendo con Archibald algún problema.

—Creo que volveré por aquí más de una vez —dijo el capitán, volviendo la mirada.

Adán no supo si lo decía por interés en los trabajos o por Lorena.

—¿Por qué ha venido un crucero del Orden Estelar a Pandora, capitán? —inquirió.

—Medidas de seguridad ante el aislamiento.

—¿Sabe que había pensado ir al astropuerto y pedir permiso para hablarle?

Zerder le miró intrigado.

—¿Para qué?

—Soy terrestre, pero desde pequeño viví en un planeta agrícola. Hace poco partí de allí con la intención de ir a la Tierra.

—Muy sentimental, ¿no?

—Nada de eso. Es únicamente allí donde podré conseguir alcanzar mi deseo.

—¿Puedo saber cuál es?

Viendo que el profesor se acercaba, Adán dijo con rapidez pero con firmeza:

—Ingresar en el Orden Estelar.

—Para eso no es necesario hacer tan largo viaje. Existen oficinas de reclutamiento en casi todos los planetas integrados y…

—Pero yo quiero ser oficial, no un soldado más o un oscuro funcionario.

El capitán sonrió. Pensó que el guía no tendría más de veinte años. Le veía muy entusiasmado y no quiso destrozarle las esperanzas.

—No es fácil ingresar en nuestra academia. A mí me costó muchos esfuerzos.

—Yo puedo hacerlo, estoy seguro.

—Entonces le deseo suerte, pero no permanezca aquí perdiendo el tiempo.

—Cuando se rompa el aislamiento, viajaré a la Tierra. Ya he conseguido el dinero para terminar el viaje.

—Parece que nada puede detenerle en sus proyectos.

—Así es —dijo Adán, apretando los labios.

No dijo más porque Tzamalis llegó diciendo:

—Capitán, quédese con nosotros a almorzar. Así podrá ver cuando alcancemos los cimientos de la Torre y cómo instalaremos el ascensor.

Zerder miró a Lorena por encima de los enjutos hombros del profesor y asintió.

—Gracias. Creo que volveré mañana a hacerles una visita —luego miró a Adán—. Si le parece, señor Villagrán, puede volver conmigo al astropuerto y con mucho gusto le mostraré el crucero.

Pero quien aquella tarde volvió a Aldea fue Ernst Rudman. Adán buscó una excusa para quedarse en el campamento. Tenía deseos de estar a solas con Lorena. De todas formas, se quedó intranquilo viendo que Rudman se marchaba con el capitán Zerder, quien prometió volver al día siguiente.

CAPÍTULO V

—Has impresionado a Zerder —dijo Adán, encendiendo un cigarrillo y acomodándose en la cama.

Miró a Lorena, que se arreglaba los cabellos recogiéndolos con una cinta. Ella le sonrió, arrimándose a él.

—¿Estás celoso?

—No. Tú y yo no tenemos ningún compromiso. Somos libres.

—Pero no te gustaría que me acostase con el capitán Zerder si él me lo pidiese.

—Claro que no —rió Adán—. Prefiero que me dediques tus favores. Odiaría pensar que haces el amor con él mientras yo te deseo.

—Me gustas y no pienso dejarte por Zerder. Y no consentiré que me abandones. Si lo haces te denunciaré y cuando cese el aislamiento no podrás marcharte de Pandora.

Lorena le mordisqueó la oreja y Adán la besó.

—Eres una arpía, pero encantadora, aunque sonrías tanto a Zerder.

—Me halaga que me mire con deseo.

Adán aplastó el cigarrillo y quedóse mirando la cerrada ventana de la caseta que le servía de dormitorio a Lorena.

—Estás preocupado —dijo la muchacha.

—No me gusta que Rudman se haya marchado con Zerder. El licor le desata la lengua.

—Olvídate de él —dijo Lorena, acercándole un vaso conteniendo un líquido ambarino.

—¿Qué es? —preguntó él mirándolo con recelo.

—Un afrodisíaco —al ver el gesto de ignorancia de Adán, añadió —: Un estimulante sexual.

—No lo necesito, si es que quieres un segundo *round*. —Pero Adán lo bebió al oler el *whisky*.

Riendo se echó sobre ella. Lorena lanzó unos grititos y con la mano izquierda borró la tenue luz amarilla de la estancia.

* * *

El capitán Zerder bajó del vehículo y se encaminó a la Torre. Allí estaban todos y el profesor le saludó con entusiasmo, diciendo:

—Ha llegado a tiempo, capitán. Vamos a subir.

—¿Dónde está Ernst Rudman? —preguntó Adán.

El oficial pareció mirarle ceñudamente, pero Adán pensó que se debía a que el sol le daba directamente en los ojos.

—Se quedó en Aldea —dijo—. Parece ser que no se halla bien.

Archibald llegó corriendo diciendo que todo estaba dispuesto.

Entraron en la plataforma. Había sitio para los cuatro. Fuera quedó Lorena, vigilando los controles. Cerraron la Torre usando una puerta artificial adosada a las paredes. Los hombres se ajustaron a la espalda las mascarillas de oxígeno, después que Archibald explicó:

—Estamos totalmente aislados del exterior y el aire contenido en la Torre puede agotarse antes de lo previsto. Además, debemos prever el hecho de que al abrir la cúpula superior exista dentro algún gas nocivo.

La plataforma estaba situada en el centro del piso, sobre los pivotes que anularían la gravedad. A los lados estaban los generadores que provocarían la antigravedad.

—Archibald quiso retrasar este momento —dijo el profesor. No podía disimular su entusiasmo y miraba constantemente hacia arriba.

—¿Por qué? —preguntó el capitán.

—Ayer pudimos comprobar que no existen apenas cimientos.

—¿Cómo es posible? —Rió el capitán—. No se puede sostener una torre como ésta, de casi un kilómetro, sin unos profundos cimientos.

—Pues así es —intervino Archibald—. Apenas ahondamos un metro se acabó el cilindro de la Torre.

—¿Y puede ser esto posible?

—Lo es. Estamos viéndolo, ¿no? Tal vez se deba a que la edificación está compensada.

—Es una explicación muy débil.

—Lo sé —admitió Archibald sonriendo—. Pero no tenemos otra. Yo había sugerido al profesor que suspendiéramos la ascensión unos días, hasta que dispusiéramos de más datos acerca de la ausencia de cimientos. Pensé entonces que el funcionamiento del ascensor podría hacer peligrar la estabilidad de este cilindro.

—Bah, bah. Esta Torre lleva aquí miles de años y ni los fuertes vientos han conseguido tumbarla —atajó el profesor—. ¿Cómo va hacerla peligrar la levísima presión que se producirá en la base al impulsar el ascensor arriba?

Archibald hizo las últimas comprobaciones y dijo:

—Cuando quiera, profesor.

Tzamalis tomó el control a distancia y pulsó un botón. Inmediatamente la plataforma se puso en marcha, elevándose primero lentamente y luego adquiriendo velocidad.

Ninguno habló durante la ascensión. De vez en cuando, miraban hacia arriba. Las paredes se iban estrechando ligeramente. La Torre poseía un diámetro de veinte metros en la base, pero se sabía que donde terminaba y estaba la cúpula cerrada era escasamente de diez.

Cuando iban llegando, el profesor aminoró la velocidad y la plataforma se detuvo de forma que ellos podían tocar la base de la cúpula, que era el techo para ellos, apenas alzando un poco los brazos. Archibald comprobó la atmósfera y dijo con asombro:

—Es respirable. Diría que entra aire por algún lado de esta parte…

Encendieron lámparas, ya que el halo luminoso que emanaba de las bruñidas paredes era insuficiente para realizar una profunda inspección en el techo.

Adán pasó las manos por la superficie. Encontró una línea que se curvaba. Siguiéndola comprendió que se trataba de un círculo de tres metros de diámetro. Localizó el centro y halló una ligera protuberancia.

—Es como un dispositivo de apertura —dijo entusiasmado.

Todos tocaron la protuberancia, quizás esperando con aquel manoseo encontrar el dispositivo de apertura que Adán había dicho.

Nada sucedió y, al cabo de unos minutos, empezaron a perder la esperanza de que el círculo fuese una escotilla. Archibald sugirió que tal vez fuese solamente un dibujo. Se ganó la mirada de repulsa

del profesor.

De pronto el disco empezó a moverse, elevándose sobre ellos, entrando en la cúpula.

—¿Por qué se habrá abierto ahora? —les preguntó Zerder.

Adán agitó su lámpara.

—Quizá porque la concentración de los cuatro haces de luz proporcionó la suficiente fuente de calor para abrirla.

Elevaron un poco más la plataforma y asomaron las cabezas, después que Archibald anunció de nuevo que el aire seguía siendo respirable.

De pronto, Zerder protestó. Su cabeza había chocado con algo. Anduvo dos pasos y se arrimó a los otros. Entonces no encontró ninguna barrera invisible sobre su cabeza.

—¿Qué es esto? —preguntó, enfadado por el golpe.

—Creo que este círculo está dividido. La mitad permite la entrada. El resto posee una fuerza que impide que nada pase por él, al menos desde abajo.

Saltaron sobre el piso de la bóveda. Allí no existía ninguna fosforescencia y tuvieron que valerse de las lámparas para inspeccionar el interior.

Nadie dijo nada. Tal vez estaban un poco desalentados. Habían esperado hallar algo increíble, aparatos o mensajes procedentes de otra raza, de otra civilización que hacía milenios habitó en aquel planeta.

La media esfera tenía en su parte más alta cinco metros de altura y se arqueaba suavemente, hasta unirse en el suelo como formando una sola pieza. Del techo colgaban unos entramados metálicos de complicada configuración, como una escultura surrealista.

Desde arriba intentaron pisar la mitad de la abertura por la que habían entrado. Era como pisar un cristal transparente. En cambio, la parte con la que chocó la cabeza de Zerder al entrar era traspasable desde el interior de la esfera.

—Una puerta de doble dirección —rió Adán—. Una parte para subir y la otra para bajar. Así no hay discusión, ¿no?

El profesor lo miraba todo y soltaba continuas maldiciones.

—Esto no tiene lógica ninguna —gruñía—. ¿Para qué lo hicieron? ¿Con qué fin? ¡Es absurdo!

Le dejaron mirar hasta que se cansó. Archibald lo registró todo

con una diminuta cámara y cuando el profesor, de mal humor, consintió en bajar, Adán se sintió mejor. Algo existía allí arriba que le ponía nervioso.

Bajaron a la plataforma usando la mitad de la abertura que servía para salir. Entonces Archibald preguntó:

—¿Cerramos la compuerta?

Cuatro pares de ojos se posaron en el disco que había ascendido flotando en el aire y que ahora yacía quieto a un lado del piso interior de la media esfera.

—No —negó el profesor—. Mañana volveremos con equipos de rayos X, detectores ultrasensibles y… ¡todo lo que sea necesario para descubrir qué demonios son estas Torres!

Descendieron velozmente, y rompieron los sellos de la improvisada puerta que cerraba la Torre. Fuera les esperaba ansiosamente Lorena y casi todo el personal del campamento. Apenas vieron el gesto contrariado del profesor, adivinaron que las cosas no habían ido demasiado bien.

Reunidos poco después en la tienda de Tzamalis, éste dijo a sus colaboradores:

—Lo prepararemos todo para trabajar en la segunda Torre.

—¿Qué haremos con esa especie de pasta que la llena?

—La disolveremos —dijo el profesor con firmeza.

Aquella noche, el capitán no mostraba prisa por marcharse. Adán notó que parecía querer encontrarse con él a solas y lo evitó. Luego, el trabajo se incrementó cuando la mayor parte del equipo de investigación fue trasladado a la Torre Dos. Todas las tiendas no pudieron ser desmontadas y además de algunos obreros se quedaron el profesor, Lorena, Adán, Archibald y el capitán.

Adán paseaba nervioso por las afueras del campamento cuando descubrió las luces de un flotador que se acercaba velozmente. Era un vehículo de alquiler y de él descendió un tambaleante Ernst Rudman, quien, después de pagar la carrera, despidió al conductor de malos modos, llamándolo ladrón.

—Me ha… cobrado veinte créditos, el muy sinvergüenza —masculló Rudman al ver que Adán caminaba hacia él.

—Maldito viejo borracho —masculló el joven—. ¿Qué has estado haciendo? Hablas demasiado cuando estás bebido.

Rudman se aferró a él para evitar caer. Con voz dificultosa, dijo:

—Bebo para olvidar, amigo. Estamos con el agua hasta la frente.

—¿Qué dices?

—Ese capitán estuvo hablando con Spencer.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ese idiota se asustó y me lo contó esta tarde. Anoche el capitán estuvo haciendo investigaciones y luego habló con el gobernador. Además, pidió informes tuyos a los archivos del cerebro del crucero.

—Seguro que tú hablaste más de la cuenta cuando te llevó a Aldea.

—Oh, no. Estuvo muy amable conmigo, de veras. Incluso me invitó a unas copas en un bar muy elegante y…

—Hola, señor Rudman —dijo una voz surgiendo de las sombras —. Le estaba esperando.

Adán no necesitó volverse para saber que se trataba del capitán.

—¿Por qué me esperaba? —preguntó.

—Sabía que volvería. No quería perder el tiempo buscándole por Aldea. Ahora regresaremos los tres juntos.

Adán se volvió muy despacio.

—¿Qué sabe?

—Que tiene pocas posibilidades de ingresar en la academia del Orden Estelar, Adán —dijo el capitán con pesar—. A bordo del Luntraque llevo una amplia ficha policial, con todos los informes que me envían a las centrales del Orden. Pedí sus informes y me dije que era lamentable que usted haya intervenido en una mísera estafa.

—¿Qué supo?

—Que en su planeta de origen, Adán, usted colaboró con las fuerzas del Orden cuando la incursión de los piratas —el capitán sonrió—. ¿De ahí viene su ansia por ingresar en la organización?

—Sí. Se ha tomado usted muchas molestias, capitán.

—Tenía mis sospechas. Cuando comprendí que el viejo podía hablar con un poco de alcohol enturbiándole su tullido cerebro, me gasté unos créditos en averiguarlo. Luego, acorralé a ese Spencer y tengo las pruebas para encerrarles por una temporada. Comprendí que algo sucio había en este asunto al decirme el profesor que tenía concesión por haberla comprado. El gobernador me había dicho apenas una hora antes que este terreno era libre, sin dueño.

—¿Desde cuándo un oficial del Orden se toma tantas molestias a causa de un delito local?

El capitán sonrió, encogiéndose de hombros.

—Tal vez hubiera sido usted un buen oficial del Orden, pero ahora deberá olvidarse por completo de sus sueños, Adán.

La rabia de Adán iba en aumento.

—Usted lo ha hecho para alejarme de Lorena, no por afán de detener a un par de estafadores.

—Es su opinión —dijo Zerder secamente.

Y Adán hubiera jurado en aquel momento que había enrojecido.

—Lo hice para salir de aquí. Habría devuelto el dinero algún día. Sólo quería llegar a la Tierra.

—Eso…, eso se lo puedo jurar, oficial —tartamudeó Rudman—. El chico sólo quería un poco de maldito dinero para salir de este sucio mundo. Yo le convencí para que me ayudase en el asunto. Todo lo preparé yo. Soy un hábil falsificador, ¿sabe?

—Les entregaré al gobernador y él decidirá —dijo Zerder—. Les conduciré a él y…

Un grito desgarrador cortó la frase del capitán. Procedía de detrás de los barracones que aún no se habían podido desmontar.

Echaron a correr hacia allí. Por el camino, Zerder desenfundó su láser de reglamento.

No había muchas luces, ya que casi todas se habían trasladado junto a la Torre Dos. La oscuridad les impidió correr más de prisa, pero cuando llegaron al otro lado del barracón, se detuvieron de golpe.

En el suelo había un hombre. O lo que quedaba de él. Su cabeza parecía aplastada, casi pegada en el terroso suelo. Tenía las manos crispadas y una pierna casi separada del tronco, del cual manaba abundante sangre por una brutal herida abierta a la altura del corazón.

Se acercó corriendo un obrero, quien, al ver el cadáver, lanzó un grito y vomitó. Luego consiguió decir el nombre del muerto. Le había reconocido por el traje y la placa que le colgaba del cuello.

—No hay animales en Pandora que puedan hacer esto —musitó.

El horrorizado hombre retrocedió hasta dar con la espalda en la pared metálica de un barracón. Estaba cerca de la esquina y de allí surgió una garra que se aferró a su hombro, hundiéndose en él unas

agudas uñas.

El hombre gritó y su alarido quedó interrumpido cuando una maza se estrelló sobre su cabeza. Se desplomó hasta el suelo como un saco vacío y entonces un bulto grande e informe salió del otro lado del barracón.

Todo había sucedido rápidamente. Adán sólo tuvo tiempo de empujar a Rudman alejándolo de allí. El capitán tenía la pistola apuntando al suelo y parecía paralizado por la sorpresa.

Aquello avanzó, blandiendo una maza grande y gruesa. Lanzaba ronquidos sordos y despedía un olor nauseabundo. La maza trazó un arco y cayó pesadamente sobre el capitán, pero éste pudo saltar y recibió el golpe en el hombro. Gritó de dolor y primero se dobló, para luego caer arrodillado. La pistola rebotó en el suelo, lejos del oficial.

El monstruo estaba alzando de nuevo su maza para descargar el golpe definitivo sobre el capitán, cuando Adán saltó y agarró la pistola. Todavía estaba rodando cuando disparó contra el misterioso agresor.

Su dardo de fuego dio en el brazo armado y la maza se le escapó de la garra de afiladas uñas. Pero osciló sobre el capitán y pareció que iba a desplomarse sobre el dolorido oficial. Entonces Adán disparó de nuevo.

Lo hizo apretando sin cesar el gatillo, describiendo una espiral sobre el ancho pecho del agresor.

Algo desgarrador fue lanzado al aire. Fue un grito infrahumano.

Cuando cayó el monstruo junto a Zerder, el pesado silencio permitió a Adán escuchar pasos presurosos que se dirigían hacia allí.

CAPÍTULO VI

A la luz de varias lámparas, aquella cosa pareció más monstruosa que cuando estuvo con vida.

Tenía no más de metro y medio de altura, pero su enorme cuerpo, escamoso y purulento, del que salían brazos y piernas cortas y gruesas, engañaba, haciendo pensar que aún era de menor estatura.

Olía muy mal y varios obreros se marearon, teniendo que retirarse de allí. Lo más horrendo de aquel ser era su cabeza. Resultaba desproporcionadamente pequeña para el cuerpo. Tenía aspecto de sapo y de su boca larga y carnosa, oscura, sobresalían dientes agudos, como de pez.

Adán intentó coger la maza y le costó trabajo alzarla. Debía pesar más de veinte kilos. ¿Cómo pudo aquel monstruo manejarla con tanta facilidad?

—¿Hay seres como éste en Pandora? —preguntó el capitán Zerder.

Archibald se adelantó, tragó saliva y se retiró del monstruo.

—No. Seguro que no. Vivo aquí desde hace diez años. Estoy seguro.

—Es evidente que se trata de un ser peligroso; ha matado a dos hombres.

Archibald ordenó que fuesen recogidos los cadáveres de los dos hombres. Los metieron en bolsas de plástico y los cargaron en un camión. El capitán dio instrucciones para que fueran llevados sin demora a Andorville, añadiendo:

—Quiero que los forenses del gobernador los vean. También deben trasladar al monstruo para que lo investiguen.

Adán miró al capitán.

—¿No sería más sensato que usted se encargase de eso, capitán?

Aún sostenía la pistola con la que había matado al monstruo. Se

la entregó a Zerder. El oficial, al tomarla, dijo:

—Le debo la vida, Adán. —Y más bajo, para que nadie excepto Villagrán le escuchase, añadió—: Pero esto no quiere decir que olvide mi deber. Únicamente tiene mi simpatía.

—Ni siquiera eso pretendo de usted, capitán. ¿No me detiene ahora?

—No. ¿Para qué? No puede salir de Pandora. Creo que hace más falta aquí que en una celda de Andorville.

Cuando el camión se marchó seguido del flotador del capitán en dirección a Aldea, Lorena se acercó a Adán y éste le contó que Zerder les había descubierto.

—Diría que no le soy simpático y que se ha tomado el asunto muy a pecho —concluyó riendo, Adán.

—Está celoso de ti —dijo ella, con firmeza.

—¿Es una broma? De hecho se lo insinué, pero ni yo mismo lo creía entonces.

—Me ha hecho ya unas sugerencias cuando me ha visto a solas.

—No creo que un oficial del Orden use semejantes tácticas.

—No seas iluso. Un uniforme no te mejora. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Aún faltaban unas horas para el amanecer, pero en el campamento nadie iba a dormir ya aquella noche. Archibald sugirió que podían empezar a trabajar ya y adelantar el traslado del campamento a la Torre Dos. Claro que lo haría sólo si el profesor estaba dispuesto a pagarle las horas extras.

Tzamalis dijo que sí y se encendieron las luces de emergencia. Se comenzó a trabajar febrilmente, tal vez porque los hombres querían alejar de sus mentes lo sucedido.

Antes de que el sol surgiese por el este, habían cruzado los veinte kilómetros que les separaban de la Torre Dos. En la Uno sólo quedó la instalación del ascensor y los elementos con que se conoció la nula profundidad de los cimientos.

Aquel día no regresó el capitán Zerder al campamento. Adán se olvidó totalmente de él, enfrascado en los trabajos iniciados para limpiar el interior de la Torre Dos del material plástico que la llenaba. Se arrimaron cilindros de un ácido especial y tres hombres, cubiertos con trajes anticorrosivos se emplearon durante varias horas, atacando con proyectores la masa que cubría toda la Torre y

que formaba una lisa cortina hasta la misma entrada.

Al mediodía el plástico empezó a diluirse. Primero lo hizo lentamente, pero a medida que el ácido penetraba más en el interior el proceso se aceleraba. Adán preguntó al profesor por qué ocurría aquello.

—No estoy seguro, pero tal vez el plástico del interior se haya reblandecido con el paso de los años. De todas formas es mejor así. Tardaremos menos tiempo en dejar limpio el interior de la Torre.

Adán miró el reguero de plástico líquido que corría a través de un canal que habían hecho en dirección al Oeste. Al contacto con el aire y después de cierto tiempo, el plástico se convertía en una masa oscura y espesa. A unos pocos kilómetros del segundo campamento se concentró en una pequeña bajada del terreno y empezó a formar una charca que aumentaba de tamaño.

—Esto es una porquería —comentó Rudman, que desde el día anterior no había probado una gota de licor.

—No es peligroso —dijo Lorena al oír el comentario—. No despide gases nocivos, si es lo que teme.

—Pero desfigura el paisaje.

—Con el tiempo se solidificará —sonrió Lorena—. Incluso será bonito. Y se podrá usar como pista de aterrizaje.

Rudman soltó una carcajada y dijo:

—No me gusta lo que están haciendo con mi concesión. Exigiré que me la devuelvan inmaculada, como se la entregué.

Siguiendo la broma, Lorena apostilló:

—Recuerde que usted nos la vendió hasta su caducidad.

Todo el mundo estaba ansioso por dejar libre de una vez el interior de la segunda Torre. Tzamalis insistía una y otra vez, diciendo que la respuesta debía encontrarse en ella. Si no, ¿por qué la habían sellado de forma tan concienzuda los que la construyeron?

Dos días más tarde el ácido había conseguido hacer bajar la masa plástica, que iba descendiendo, como resbalando dentro de la Torre, a medida que eliminaban metros y metros cúbicos en la parte inferior.

Pese a lo inminente del triunfo, que seguramente se produciría aquella mañana, el viejo parecía preocupado. Ante su aspecto taciturno, Adán le preguntó qué le sucedía.

—Infiernos, muchacho —mascculló Tzamalis—. Hace tres horas que envié a Pernols a la primera Torre a recoger unos gráficos que olvidamos allí y aún no ha vuelto. Tendré que enviar a otro hombre, y todos están muy ocupados.

—Yo iré a buscar a Pernols —se ofreció Adán, que no tenía nada concreto que hacer y a veces se aburría viendo cómo trabajaban los demás.

Eligió un flotador de dos plazas, muy maniobrable. Podía avanzar a pocos centímetros del suelo o elevarse hasta casi los doscientos metros. Se alejó de la Torre Dos y sobrevoló la laguna de plástico semisólido, que se había extendido enormemente, casi formando una media luna por la parte oeste del campamento. Se detenía a poca distancia de la ridícula sierra Garla.

Al otro lado de los montículos, Adán aceleró. Dirigirse a la Torre Uno resultaba lo más fácil del mundo. Desde que uno partía del campamento, la aguda punta coronada por la semiesfera le servía de guía.

Tres minutos más tarde detenía el flotador a pocos metros de los bloques de acero que protegían las máquinas. Allí estaban los registros. Mejor dicho, debían haber estado. Adán sólo vio una masa informe de acero y metales destrozados.

Habían dejado allí más cosas, pensando que más tarde podrían servirles, cuando prosiguieran las investigaciones en la Torre Uno. Todo estaba revuelto y el suelo terroso aparecía removido, como si un numeroso ganado de los rumiantes de Pandora hubiese pasado por allí en estampida.

Las huellas se extendían por todas partes. Incluso hacia el este, en dirección a la Torre Dos. Adán, preocupado, estaba a punto de volver cuando vio un bulto en el terreno cerca de donde antes habían estado unos postes de alumbrado, ahora derribados y destrozados.

Corrió hacia allí y supo que era lo que quedaba de Pernols. Con un gesto de asco se retiró de allí, preguntándose quién había sido capaz de semejante atrocidad.

Sintió miedo y miró a su alrededor. Todo estaba quieto, silencioso. La oscura entrada de la Torre se veía delante de él, ignominiosa.

Lentamente se dirigió a ella. Cerca de la puerta, las huellas, el

terreno removido, eran más intensos que en otras partes. Asomó la cabeza. De las instalaciones del ascensor no quedaba nada. Todo había sido quitado de allí. Estaba la lisa superficie metálica, que era el suelo original de la Torre.

Como impulsado por un extraño deseo, Adán puso el pie derecho en la plataforma. Luego el otro y entonces se sintió alzado, levantado en el aire por una misteriosa fuerza que le conducía hacia arriba.

Sintió alrededor de él el aullante viento producido por la ascensión. Cerró los ojos, pero los abrió cuando los elevó, y vio que la abierta compuerta se le acercaba vertiginosamente.

Al cruzar el hueco la potencia de la ascensión se detuvo y sólo tuvo que desplazarse un poco para colocarse sobre el piso.

Jadeó, todavía tembloroso por la inesperada experiencia. Oyó un ruido seco sobre su cabeza. Había poca luz allí y sólo se dio cuenta de que había alguien más en la media esfera cuando notó que el ambiente olía mal y un rugido fétido se oyó a su derecha.

Se arrimó contra la curvada pared, sintiendo en su espalda el frío metal. Con ojos muy abiertos, horrorizado, presenció cómo el monstruoso ser, armado con garrote y una especie de vara de metal, se lanzaba por el pozo y desaparecía en él.

Adán se arrodilló y se arrastró hasta la abertura. Tuvo tiempo de ver cómo la figura monstruosa desaparecía de la vista, perdiéndose en el vacío. Por la velocidad que llevaba sabía que no era una caída mortal, sino que la misma fuerza que a él le había subido ahora estaba conduciendo al deforme ser a la base de la Torre.

Recordó que el círculo que habían abierto en la semiesfera estaba dividido en dos elementos distintos. Estaba tanteando con la mano para averiguar dónde empezaba la sección que le permitiría bajar, cuando volvió a escuchar un chasquido y de nuevo el fétido aliento le golpeó en la nuca.

Se volvió y vio un horror aún más grande a su espalda. Era algo distinto al monstruo que viera descender por la Torre. Se trataba de un ser alto, de casi dos metros. Tenía la piel rugosa y negra, con grandes pliegues en el pecho y el cuello. Manejaba una maza de acero brillante con las dos garras, que agitó en el aire.

Adán pensó que parecía sorprendido de encontrarse allí y había titubeado. Pero cuando la maza empezó a descender sobre su

cabeza, no lo pensó más y se arrojó por la abertura circular.

Notó como una ligera retención en las piernas y luego empezó a descender a una velocidad que le aterrorizó. Agitó las manos y sus dedos chocaron contra una visible pared, seguramente la que dividía el pozo en dos caminos, uno que ascendía y otro, el que él usaba ahora para descender.

Levantó la cabeza al escuchar un rugido. El monstruo de piel arrugada y negra bajaba, a poca distancia de él. Se movía frenéticamente, como queriendo alcanzarle. Movía la maza hacia abajo y ésta, por dos veces, rozó el cabello erizado de Adán.

Miró hacia abajo, temiendo que el primero de los monstruos le estuviese esperando. Apenas estaba a unos cien metros del fondo y no vio nada. La base metálica estaba vacía.

Por un momento su velocidad de descenso disminuyó y la separación que había con el monstruo se acortó. Tuvo que agacharse para eludir un mazazo. Luego el monstruo también perdió velocidad y la distancia volvió a aumentar.

Apenas puso los pies en el piso de metal, Adán saltó hacia la salida. Sabía que, apenas llegase el monstruo, éste correría hacia él.

En el exterior, vio al achaparrado ser que deambulaba desconcertado, golpeando con su maza las ruinas de las instalaciones. Adán corrió hacia el flotador, que afortunadamente estaba en dirección contraria. Entonces, el primer monstruo le vio y el segundo, saliendo de la Torre, lanzó un grito gutural y le siguió.

Adán corrió hacia el flotador y saltó al interior. Mientras ponía en marcha el sistema de elevación, miraba con terror cómo los dos monstruos corrían hacia él, blandiendo sus porras de acero.

Casi los tenía encima cuando el flotador pegó un brinco y se elevó un par de metros, quedando estabilizado. Una maza lo golpeó en su base y Adán dio un nuevo impulso al motor, alcanzando más altura.

Cuando se consideró a salvo, se inclinó fuera de la carlinga. Uno de los monstruos, el más bajo, soltó la maza y tomó con sus horribles manos la vara de metal. Cuando de ésta surgió un amplio cono de rugiente fuego, Adán se preguntó cómo hasta entonces no había pensado que pudiera ser un arma semejante a la que estaba viendo.

Pero ya el flotador se alejaba de las inmediaciones de la Torre

Uno. Después de bambolearse un poco, debido al estado de nervios de Adán, el biplaza se estabilizó y enfiló su achatada proa hacia el este.

Antes de alejarse demasiado, Adán se volvió para echar un último vistazo a la Torre. Ahora eran varios los monstruos, casi una docena. Se tranquilizó, sabiéndose seguro. Pero aceleró, queriendo llegar cuanto antes al campamento y contar allí que ya sabía de dónde había salido el monstruo que había matado a los dos obreros.

* * *

Adán hizo descender el flotador casi con violencia, delante de la Torre Dos. Cerca de ella estaban reunidos todos los obreros, el profesor, Lorena y Rudman.

Contó lo que había visto al profesor, pero hablando en voz alta para que todo el mundo le oyese. Cuando terminó, Tzamalis estaba pálido:

—Quien bautizó este planeta con el nombre de Pandora no pudo imaginarse que algún día se haría realidad la mitología terrestre. Al igual que Pandora, sin saberlo Epimeteo, abrió la caja y soltó todos los males del infierno sobre la Tierra, nosotros hemos hecho algo parecido.

Moviendo la cabeza con pesar, el viejo se retiró, con los hombros hundidos. Los obreros empezaron a dispersarse, comentando en voz baja. Archibald se paseó nervioso.

Adán miró hacia allí y se asustó un poco al ver que dentro no quedaba nada del plástico que la cegaba.

—Hace poco terminaron de vaciarla —explicó Lorena. Se estremeció y dijo—: ¿Ocurrirá con ésta lo mismo que con la primera?

—¿Qué hay dentro?

—No lo sé, pero usando anteojos creemos que arriba hay otra semiesfera, con una compuerta también circular. Cuando tú llegaste, el profesor estaba discutiendo con Archibald la conveniencia o no de instalar otro ascensor ahora mismo o esperar el regreso del capitán Zerder con los informes acerca del monstruo.

—Hace casi tres días que se marchó —dijo Rudman, frunciendo el ceño. ¿Qué quería decir el profesor con eso de Pandora y no sé qué caja…?

Lorena sonrió tristemente.

—Se refería a la mitología griega. Pandora fue una mujer fabricada por Vulcano a instancias del dios Júpiter. Fue dotada de todas las gracias y favores por los dioses del Olimpo, pero, siendo mujer, era terriblemente curiosa. Abrió la caja donde se encerraban los horrores del infierno y éstos se extendieron por la Tierra.

Suspiró y añadió:

—El profesor Tzamalis está consternado. Debe de pensar que, por su causa, este planeta se enfrenta ahora a un peligro desconocido, horrible. Hemos abierto la caja de Pandora, en este caso las Torres, y seres horribles se extienden a nuestro alrededor.

—Esto me recuerda que debemos marcharnos de aquí cuanto antes —dijo Adán—. Por las huellas que encontré, creo que han salido cientos de seres. Y siguen bajando.

—Se lo comunicaré al señor Tzamalis —dijo Lorena marchándose.

Rudman miró preocupado a Adán.

—¿Tú conocías esa leyenda de la mitología terrestre? —preguntó.

Adán se alzó de hombros.

—No. Sólo sabía que existía un asteroide cerca de la Tierra llamado Pandora. Creo recordar que es el número 55 del Cinturón y fue descubierto hace miles de años por un tal Searle. Siempre pensé que quien llamó Pandora a este planeta lo hizo acordándose de ese asteroide. No podía saber precisamente que el asteroide se llamó Pandora por la mitología griega.

Rudman miró con aprensión la Torre Dos, como si estuviera preguntándose qué cosas horribles podrían surgir de ella. Como adivinando sus temores, Adán trató de tranquilizarle.

—No creo que ocurra nada mientras no sea abierta la esclusa de arriba.

Al fin, Lorena consiguió convencer al profesor para que se levantase el campamento, emprendiendo el regreso a Aldea.

Los obreros acogieron con agrado la idea de abandonar aquel lugar y empezaron a recoger sus pertenencias. Tzamalis ordenó que el equipo fuese dejado allí. Tal vez confiaba en volver pronto y reanudar las investigaciones. Pero Adán dudó que el gobernador se lo autorizase, dadas las circunstancias.

En aquel momento surgió del horizonte, volando a poca altura, un gran flotador, que se posó lejos del campamento. Bajaron unos hombres uniformados de negro y plata. Al frente estaba el capitán Zerder, y se dirigió a Adán.

—Ordene a esos hombres que se olviden de marcharse de aquí —dijo.

—Yo no soy quién para decirles tal cosa —replicó Adán.

—Pues entonces busque al profesor y que él lo haga.

—Dudo que le hagan caso, siquiera a Tzamalis. Están todos muy asustados y deseando volver a Aldea —sonrió Adán—. De todas formas, ahí viene el profesor. Dígale lo que sea a él.

—¿No se han preguntado por qué no he vuelto en estos días? —preguntó amargamente el capitán.

—Bueno, admito que nos ha extrañado su tardanza. ¿Qué averiguaron de ese monstruo? ¿Consiguieron algo los científicos al despedazarlo? Si no tuvieron bastante con uno, hay más en los alrededores de la Torre Uno. Y de varias formas y tamaños, pero ninguno menos feo que el que se llevó, capitán.

—Déjese de bromas —dijo el capitán frunciendo el ceño.

Adán le contó lo que había visto en el campamento anterior. También lo poco que halló reconocible de Pernols.

—Bajan de allí, capitán —agregó—. Parecen surgir de la nada y como si supieran el camino, se arrojan al vacío y descienden como en un colchón de aire hasta la superficie. Por los rastros que han dejado, me temo que ya han usado ese camino algunas docenas. Se dedicaron a destrozar el equipo que dejamos y se han marchado, no sé adónde.

El capitán esperó a que varios soldados dejasen en el suelo unas cajas de metal y, luego, a una orden de un sargento, se desplegaron con las armas dispuestas. Se quedaron vigilando a unos cientos de metros de la Torre, mirando siempre hacia el oeste.

Lorena, Tzamalis y Archibald se habían acercado. Entonces Zerder abrió una de las tres cajas. Dentro había rifles láser.

—He traído armas. No muchas, porque no dispongo de bastantes para todo el mundo. Quiero que sean repartidas y que nadie se marche de aquí.

—No le harán caso, capitán —dijo Archibald—. Los hombres están saturados de pánico y deseosos de volver a sus casas, en Aldea

o Andorville.

—No le aconsejo a nadie que vaya a Aldea en estos momentos. Ustedes, pese a todo, están seguros aquí.

—¿Cómo puede decir eso? —Protestó Archibald—. La otra Torre está a veinte kilómetros. En menos de media hora podemos tener encima a esos monstruos…

—No será así. No sé cómo, pero hasta ahora la horda ha tomado el camino del oeste. ¿Saben hasta dónde llega ese río artificial de pegajoso plástico que han producido al sacarlo del interior de la Torre Dos?

—Cerca de la sierra Garla —dijo Adán—. Lo vi cuando me dirigía a la otra Torre.

—Así es. Y las huellas de los monstruos se detienen allí. Al parecer, ese plástico es un repulsivo para ellos. Por eso se han librado ustedes de esos seres. En cambio, la mayor parte, y no sólo unas docenas, sino cientos y tal vez miles, están atacando Aldea desde hace dos días. Por eso no he podido regresar antes. ¡Y ustedes no tienen un maldito comunicador, por el que hubiera podido hablarles!

—¿Quiere decir que Aldea ha sido atacada por esos seres?

—He procurado ser claro —dijo el capitán—. Y no solamente han usado sus mazas y porras de acero, sino unos lanzallamas que, afortunadamente, no todos los monstruos poseen.

—Conozco esos lanzallamas —dijo Adán—. Lo usaron contra mí cuando huía de ellos.

El capitán anduvo por el campamento, mientras Archibald hablaba a los obreros y los hacía bajar de mala gana de los camiones. Adán y Lorena le siguieron hasta donde comenzaba el espeso río de plástico líquido.

—Por una increíble suerte, la configuración del terreno ha permitido que casi todo el campamento esté rodeado por esta masa —dijo el capitán—. Sería conveniente que cerrasen el círculo. Los monstruos pueden rodearlo y encontrar un paso.

—Podemos arrastrar el líquido con los *bulldozers* pequeños —dijo Adán—. Pero no tendrá mucha profundidad por el otro lado. Tendremos que cavar algunas zanjas.

—Háganlo cuanto antes.

Lorena se marchó para decir a Archibald lo que debían hacer.

—¿Cómo es que los monstruos han encontrado Aldea? —preguntó Adán.

—Eso mismo me pregunto yo, Villagrán —masculló el capitán—. Es como si un instinto les llevase hasta los lugares donde hay humanos. Y cuando ven a uno se lanzan a matarlos como poseídos por una extraña locura.

—¿Está seguro de que esa masa plástica les detendrá?

—Sí. Las huellas de sus enormes pies se detienen a un par de metros del río y laguna que han formado artificialmente.

—Si es por el olor… yo no huelo ese plástico.

—Para el olfato de los monstruos puede ser algo muy distinto, que no pueden soportar.

Empezaron a volver al campamento. Vieron que los hombres estaban trabajando. Mientras algunos abrían una amplia zanja, aunque no profunda, otros, con la ayuda de los *bulldozers*, empujaban la pegajosa masa. El círculo quedó cerrado pronto, rodeando la Torre Dos y todo el campamento. Tenía más de kilómetro y medio de diámetro, pero de todas formas se sentían como aprisionados en un reducido circo. Y los espectadores eran los monstruos.

—Tengo que volver pronto a Aldea. Allí la situación está mal —dijo Zerder, cuando las armas fueron distribuidas a todos los hombres que aseguraron que sabían manejarlas—. Al principio, los monstruos entraron en los barrios exteriores y mataron a mucha gente. Los policías y la guarnición de Pandora acudieron pronto y lograron contenerlos, pero entonces llegaron más. Eran miles de monstruos que avanzaban corriendo hacia la población desde las llanuras, aullando y agitando sus pesadas mazas. Era una visión terrible. El gobernador Walrafen aún estaba en el astropuerto y ordenó la evacuación de mujeres y niños de Aldea hacia Andorville, de donde llegaron vehículos para el traslado.

»Actualmente, Aldea está rodeada por esos seres del infierno. Y hemos detectado una gran masa de ellos que, después de rodear el astropuerto, avanzan hacia Andorville a lo largo de la carretera de caucho.

—¿Han conseguido entrar en el astropuerto?

—No por el momento. Se electrificó a tiempo la verja y allí quedaron carbonizados algunas docenas de ellos. Pero si ocurre

algún fallo y la energía es cortada… —Zerder movió la cabeza—. Los monstruos llegarán a Andorville mañana al atardecer. Apenas disponemos de fuerzas y armas para defenderla.

—El crucero…

—Lo usaré en último caso, para bombardear a los monstruos. Pero es una unidad preparada para el combate en el espacio, no en la atmósfera de un planeta. Apenas hagamos un mal movimiento podremos estrellarnos. Tendremos que ponernos en órbita y bombardear desde allí.

—¿Por qué no lo hace?

—Maldita sea, Adán, porque no disponemos de proyectiles —se lamentó el capitán—. Me enviaron aquí precipitadamente, sin detenerme a aprovisionarme en la base de
Vega-Lira
.

Adán asintió. Comprendía la magnitud del desastre. El planeta estaba aislado, sin poder salir de él ni pedir ayuda a causa de la tormenta provocada por la supernova.

—¿Por qué nos han traído armas, si escasean?

El capitán señaló la Torre Dos.

—Porque espero que ahí dentro esté la respuesta, la forma de evitar que sigan surgiendo de la Torre Uno los monstruos.

En aquel momento, Lorena se acercó y dijo:

—Pandora dejó escapar de la caja todos los horrores, pero en el fondo quedó la esperanza.

Todos miraron hacia la Torre, que todavía brillaba rabiosamente al sol del atardecer.

CAPÍTULO VII

Rudman había dicho a Adán:

—Muchacho, me preocupa Spencer; es un buen chico. ¿Por qué no lo traes aquí?

Se lo pidió cuando Adán estaba a punto de subir al flotador con el cual el capitán pensaba regresar a Aldea antes que el sol se ocultase.

Adán estuvo a punto de replicar violentamente, diciendo que le importaba bien poco la suerte que corriese aquel tipo, que en cierto modo le había metido en el sucio asunto de la concesión minera. Pero la tristeza en los ojos de Rudman le hizo recapacitar y respondió:

—Lo intentaré.

—Aún no comprendo por qué quieres ir a Aldea. Aquí hubieras estado más seguro. —Se rascó la nuca, agregando no muy convencido—: Bueno, eso será si el capitán no se equivoca y esa pasta que sacamos del interior de la Torre Dos repele verdaderamente a los monstruos.

Lorena se despidió de él desde lejos y Adán le contesto moviendo la mano. Dirigió una mirada hacia el oeste, donde habían trasladado un par de camiones en los que habían alzado unas toscas torres de hierro, que les servirían de punto de observación. Allí había un soldado del Orden y dos obreros. Otros cinco soldados se quedarían en el campamento, mientras que los demás regresarían a Aldea en el flotador.

Adán se sentó al lado del capitán, que pilotó el flotador. Los soldados, cansados, se acomodaron en los asientos traseros y se dedicaron a conversar quedamente mientras revisaban sus armas.

—Es usted un buen tipo, Adán —dijo de pronto el capitán, con la vista puesta al frente. Parecía ansioso por ver aparecer las primeras casas de Aldea.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lamentaré tener que denunciarle.

—No lo haga.

—¿Y permitir que usted consiga ingresar en la academia? —Zerder sonrió con parquedad—. Dudo que llegase a ser un buen oficial del Orden.

—Y yo dudo que usted posea elementos de juicio para pensar algo semejante.

Miró desafiante al capitán, esperando su respuesta. Pero algo sucedía debajo de ellos que atrajo la atención de Zerder. Apenas hacía unos segundos que habían rebasado la Torre Uno. Había cientos o miles de seres que se movían como desorientados alrededor de ella. Luego, los más alejados, como si tuvieran el sentido de orientación de las hormigas, súbitamente parecían encontrar el camino y echaban a andar. La masa informe, infrahumana, se dividía en dos. El grueso de la horda se dirigía hacia el oeste, mientras que un número mucho menor avanzaba en dirección a Torre Dos.

A medida que volaban en dirección a Aldea, las hordas de monstruos se hacían más numerosas. Por un instante, Zerder hizo que el flotador descendiese y pasaron a menos de cinco metros de las monstruosas cabezas de los seres. Cientos de mazas se alzaban amenazadoras a su paso. Cuando se alejaron, restallaron líneas de fuego.

—Por fortuna, sus lanzallamas apenas tienen treinta metros de alcance —comentó el capitán—. Bueno, lo digo para nosotros, que volamos a mayor distancia. Pero en la superficie esos seres armados son muy peligrosos.

Estaban a punto de divisar Aldea cuando el capitán preguntó:

—¿Por qué ha querido venir conmigo, Adán?

—Necesito ver el comportamiento de esos monstruos en el campo de batalla —sonrió, añadiendo—: No olvido las palabras de Lorena. Ella dice que Pandora dejó en el fondo del cofre la Esperanza.

—Yo también pienso que en la Torre Dos podremos encontrar una respuesta a este enigma, pero dudo que descubra una pista enfrentándose a los monstruos en combate. Si la situación en Aldea no está más deteriorada, regresaremos juntos a las Torres y pediré

al profesor que nos deje subir a la número Dos.

—Tzamalis tiene sus dudas. Y no le falta razón. Podríamos provocar, al abrir otra esclusa, una segunda invasión de esos seres horribles.

—No, no lo creo. Esa torre estaba sellada. ¿Por qué?

—Quizá porque los horrores que puedan salir de ella sean infinitamente superiores a los que surgen de la primera.

El rostro del capitán se ensombreció.

—Eso empeoraría las cosas, pero solamente haría adelantarse el final que inexorablemente nos alcanzará.

—¿Qué final?

—Adán, no le voy a mentir. No podemos recibir ayuda del exterior. No disponemos de elementos para contener a esas hordas. Por lo tanto, antes de una semana los monstruos se habrán apoderado de todo este continente, el único habitado de Pandora. Tal vez quedaran algunos humanos escondidos que serán sistemáticamente cazados, pero cuando acudan en nuestra ayuda será tarde. Las fuerzas del Orden tendrán que contentarse con vengar a los cinco millones de habitantes de Pandora.

—Eso no será ningún consuelo para nosotros, ¿no?

—Exacto. Por tal motivo creo que deberíamos arriesgarnos y explorar la Torre Dos. No hay otra alternativa.

Adán asintió. Estaba de acuerdo con el capitán.

El flotador empezó a descender. Estaban rebasando los arrabales de Aldea. Allí la masa de monstruos era sobrecogedora. La pequeña urbe estaba prácticamente cercada, mientras que una densa columna de grotescos y a la vez horripilantes seres se dirigían hacia el oeste, hacia la mayor ciudad del planeta, Andorville.

—No podrán alcanzar a los que huyeron de Aldea, pero pronto el pánico cundirá en Andorville y los fugitivos se matarán entre sí cuando pretendan escapar. ¿Y adónde irán? El océano les detendrá a pocos kilómetros en dirección al oeste. Tendrán que subir hacia el norte o descender por el sur. Y cualquiera de esos caminos sólo prolongará la agonía.

En el centro de Aldea existía una amplia plazoleta que servía todos los días como mercado. Ahora estaba casi desierta. Descendieron allí y, al momento, unos hombres uniformados de negro y plata corrieron hacia el vehículo. Un oficial se cuadró

delante de Zerder.

—Hola, teniente Corpemerje —dijo el capitán—. ¿Qué tal marchan las cosas?

—Mal, señor. Apenas podemos contener a los monstruos por la entrada este de la ciudad. Hemos abandonado varias casas. Pero colocamos explosivos antes de retirarnos, y los detonamos cuando ellos entran.

Zerder asintió, aprobando las medidas del teniente.

—¿Es que son tan estúpidos que no atacan por otros lados? —preguntó Adán, extrañado.

—Así es —respondió Zerder—. Esos seres de pesadilla no deben de tener mucha inteligencia. Supongo que cuando abrimos esa especie de puerta a otra dimensión o a otra galaxia ellos no hicieron nada especial para poder invadirnos. Simplemente empezaron a cruzar lo que sea y se presentaron aquí con las peores intenciones del mundo.

El teniente Corpemerje añadió a la explicación de su superior:

—Son torpes, gracias a Dios. Cuando les hemos detenido en el este, se han limitado a intentar desbordarnos por allí. Lo paradójico es que por los flancos de Aldea pasan miles de ellos en dirección al astropuerto, o penetrando en la carretera de caucho se encaminan a Andorville.

—¿Qué tal sigue el astropuerto?

—De vez en cuando, se lanzan contra las verjas electrificadas y perecen algunas docenas. Entonces comienzan a pasear delante de ella, aullando y alzando sus mazas. —El semblante del teniente se ensombreció—. He ordenado que nadie abra fuego desde allí.

—¿Por qué? —preguntó Adán.

—No quiero que usen sus armas. Si les disparasen podrían intentar repeler el ataque y enviar chorros de llamas contra la verja. Eso provocaría un cortocircuito y podrían acceder a las pistas, donde aún permanecen casi cien naves que no tuvieron tiempo de partir.

Caminaron hacia los barrios donde se mantenía la lucha. Se habían encendido potentes reflectores y el teniente explicó que los monstruos no cesaban de pelear ni aun llegando la noche.

—Eso nos debilita mucho —agregó—. Tenemos que relevar constantemente a los combatientes si no queremos debilitar las

defensas.

Alcanzaron las casas desde las que se disparaba contra las oscilantes masas de monstruos. Aquellas bestias semihumanas se lanzaban ciegamente al ataque, amontonando cadáveres en cada callejuela, que los que llegaban detrás tenían que superar escalando entre montones de carne purulenta y nauseabunda.

Detrás de las líneas atacantes ardían algunas casas y de vez en cuando algún edificio se desplomaba.

Contemplaron durante un rato el inútil ataque enemigo, y les dispararon desde las ventanas. Adán lo hizo con rabia, pensando en los obreros muertos por los monstruos. Había de todos los tamaños y colores, a cual más repulsivo. Vio que algunos tenían más de un par de brazos y otros poseían tentáculos en lugar de manos. Pero todos manejaban con facilidad las pesadas mazas de acero.

De pronto, aparecieron algunos grupos que portaban las barras de metal. Las accionaron y lanzaron chorros de fuego contra las posiciones de los defensores. El inesperado ataque cogió por sorpresa a algunas casas y los que disparaban desde ellas tuvieron que replegarse.

También se hizo insostenible la defensa en la que estaban Adán y Zerder, y la abandonaron después de colocar unas cargas de explosivos.

Cuando se instalaron en la siguiente línea de defensa, las hicieron explotar a distancia. Entre las llamaradas del estallido vieron volar pedazos de sus cuerpos. Pero detrás llegaron más hordas y tuvieron que seguir disparándoles.

Sobre sus cabezas se escucharon roncos rugidos y luego el negro cielo de Pandora, sin lunas, empezó a llenarse de destellos. Un soldado masculló, mientras introducía otro cilindro de carga en su rifle láser:

—Lo que nos faltaba. ¡Condenada tormenta!

En seguida cayeron las primeras gotas y luego una intensa lluvia. Lo que temieron pudiera significar una ayuda a los monstruos resultó todo lo contrario. Ante la densa cortina de agua, el ataque cesó y vieron cómo los monstruos se replegaban, se arrodillaban y amontonaban como animales asustados.

Los defensores lo vieron todo sorprendidos, incluso asustados porque aquello no habían podido imaginárselo.

—Le temen al agua —musitó el teniente Corpemerje.

—No creo que tengamos la suerte de que se ahoguen en ella —escupió Adán—. Pero al menos eso nos dará un respiro.

Después de quedarse allí hasta que llegó el relevo, Adán siguió al capitán hasta la plaza, donde, en un edificio alto, había sido instalado una especie de cuartel general, además de enfermería.

Adán oyó que alguien le llamaba. Se volvió y, sobre una cama llena de sangre, vio a Spencer. Al principio le costó reconocerle, pero éste le sonrió desde una mueca de dolor, diciendo:

—Me dieron bien esos monstruos.

—No hables. Te traigo recuerdos del viejo Rudman —sonrió Adán, pero interiormente se sentía horrorizado ante las tremendas heridas de Spencer. Además de haber sido golpeado, había recibido una andanada de fuego que le había quemado medio cuerpo y casi toda la cara.

—No te preocupes, amigo. Estoy listo. Lo siento, porque llevaba en el traje el dinero que le sacamos a ese viejo. —Empezó a reír y una furiosa tos le cortó la incipiente carcajada—. No quedaron ni las cenizas. ¿No es gracioso?

Spencer murió poco después, y Adán ayudó a meterlo en un saco de plástico. Afuera seguía lloviendo torrencialmente. Adán encontró un rincón y se sentó en una silla. En seguida se quedó dormido.

* * *

Le despertó un soldado.

—Señor, el capitán Zerder le pide que regrese a las Torres. Tengo orden de llevarle.

Adán se restregó los ojos.

—¿Dónde está el capitán?

—Ocupado. Se ha trasladado al astropuerto. Parte de la verja fue derribada por las hordas, poco antes de que comenzase a llover. La tormenta impidió a los monstruos entrar en el astropuerto, pero deben ser reparadas en seguida.

—¿Ya no llueve?

—No. Y hemos captado movimientos en los monstruos. Aunque están empapados, suponemos que atacarán de un momento a otro. ¿Viene, señor?

Adán asintió y tomó su rifle. Siguió al soldado. En la plaza,

rodeado de charcos de agua, estaba el flotador grande. El soldado explicó mientras se acomodaba ante los mandos, en el momento que encendía el motor:

—El capitán quiere que nos llevemos este flotador a la Torre. Tal vez tengamos que evacuarla.

—¿Evacuarla? ¿Por qué?

—No me lo dijo. Añadió que eso tendría que decidirlo usted.

Durante el camino vieron que los monstruos seguían, perezosamente, su avance hacia Aldea. Hacía rato que no llovía y sus brutales energías parecían retornar a sus fuertes miembros.

Cuando el flotador descendió en el círculo rodeado por la franja de plástico líquido, Adán comprendió la previsión que había tenido el capitán al pensar en una posible evacuación.

Lorena acudió a él, asustada. Después de abrazarle, le dijo:

—La lluvia está diluyendo la masa plástica.

Adán corrió hacia la línea. La torrencial lluvia casi había hecho desaparecer la defensa en la que tanto habían confiado. Se dirigió hacia los camiones donde montaban vigilancia soldados y obreros y subió a la torre de hierro que les servía de observación. El soldado del Orden Estelar señaló con el brazo en dirección a sierra Garla:

—Mire —dijo entregándole unos anteojos.

Adán miró a través de ellos y vio que docenas de monstruos, tal vez doscientos o más, avanzaban hacia ellos, sorteando los charcos de agua. Algunos se habían adelantado y estaban cerca de la laguna que el día anterior había sido amplia. Ahora apenas medía cinco metros en su parte más ancha. A los lados apenas quedaban unas tenues líneas.

Devolvió los anteojos al soldado y dijo:

—Que todos los que tengan armas se concentren en este lugar. —Ante la mirada de sorpresa del soldado, añadió—: Esas bestias no son inteligentes y atacarán sólo por este sitio. No se les ocurrirá rodearnos y salvar el círculo defensivo por aquellos lugares donde se haya roto.

El propio Adán dio las instrucciones cuando regresó al campamento. Archibald le dijo dónde estaba el profesor cuando preguntó por él. Encontró a Tzamalis dentro de la Torre, mirando hacia arriba. Desde el dintel de la entrada, Adán dijo:

—Tenemos que arriesgarnos, profesor.

Tzamalis bajó la cabeza para mirarle. El viejo estaba muy pálido y más torpe que nunca.

—No tengo intención de subir —respondió, alejándose del ascensor—. Tengo miedo a lo que pueda salir de allá arriba.

—Comprendo. Pero si no encontramos la forma de cerrar la entrada de esos seres, acabarán con todos nosotros. Tendríamos alguna posibilidad si cesaran de salir por cientos cada hora.

El profesor salió de la Torre, moviendo con pesimismo la cabeza. Adán se sintió solo y desamparado, indeciso de pronto.

—Déjame ir contigo, Adán —escuchó a su espalda la voz de Lorena.

Él la miró. No supo qué responder.

Lorena pulsó entonces el dispositivo que cerraba la entrada. Era una puerta provisional y débil, que no podría detener lo que surgiera del kilómetro de la Torre. Luego la muchacha tomó el mando a distancia del ascensor y le miró desde encima de la plataforma, aguardando su decisión.

Adán apretó los dientes y, aferrando con fuerza el rifle con una mano y llevando en la otra la linterna, se colocó al lado de Lorena, sonriéndole con esperanza.

Mientras se ponía en marcha el ascensor, ella dijo:

—Recuerda que en el fondo de la caja de Pandora quedó la esperanza.

Adán asintió, pero pensando que ellos estaban en una torre.

En una de las trágicas Torres de Pandora.

CAPÍTULO VIII

En el flotador que había conducido al campamento a Adán sonó estridentemente el comunicador. Un soldado estaba cerca y escuchó la orden imperiosa del capitán Zerder. Quería hablar con Villagrán o el profesor.

El soldado localizó a Tzamalis y casi le obligó a subir al flotador, sentándolo delante del comunicador. No se recibía imagen y la voz de Zerder sonó angustiosa cuando supo que el profesor le escuchaba:

—Señor Tzamalis, es urgente que hagan algo, que encuentren algún medio para contener la riada de monstruos que nos atacan.

—¿Qué podemos hacer nosotros, capitán? —gimió el profesor.

—¡No lo sé! Pero si antes de cinco horas no cesan de salir monstruos, no podremos contenerlos y habrá tantos cerca de Andorville que se producirá una matanza. Yo voy a intentar bombardearlos desde una órbita cerrada a bordo del Luntraque, pero no dispongo de muchos proyectiles. Apenas conseguiré cortarles el paso hacia Andorville. Si consiguiéramos que no salieran más podríamos confiar en eliminarlos lentamente. En caso contrario…

Tzamalis movió la cabeza con desesperación.

—No sé nada, no sé nada.

—¿Y Adán?

—Ha… ha subido a la Torre. Confía en hallar arriba algo que nos ayude.

Se hizo una pausa y Zerder dijo roncamente:

—Que los dioses nos ayuden. Si Adán no logra algo, nadie nos salvará.

—¿No puede intentar usted algo? —preguntó Tzamalis.

—Por el infierno que es lo que voy a hacer. Le llamo desde el astropuerto y, dentro de unos minutos, colocaré el Luntraque en

órbita. Usaremos el único armamento posible en estos casos. Pero es poco y sólo podemos confiar en contenerlos por unas horas.

El capitán se despidió del profesor y éste dejó el micrófono en manos del soldado. Luego, como si le pesara tremendamente el cuerpo, bajó del flotador. Miró hacia la sierra Garla. Empezaban a escucharse los disparos de los defensores.

Giró la cabeza y observó la Torre Dos. Pensó que Adán ya debía haber alcanzado la parte superior.

* * *

Cuando Lorena detuvo el ascensor, Adán alzó los brazos y empezó a tantear el techo. Existía allí otra compuerta circular y también las ranuras que la abrían.

Entonces miró a la muchacha, tragó saliva y, ante la mirada decidida de ésta, manipuló en el abridor y la compuerta cedió. Se alzó y flotó en el aire, para luego deslizarse hacia un lado.

Adán se apoyó en el borde y saltó cuando Lorena elevó un poco más el ascensor. Luego tomó la lámpara de ella, pero cuando intentó seguirle, la contuvo, diciendo:

—Quédate ahí, por favor.

Ella le obedeció con evidente malestar.

Adán inspeccionó aquel sitio, idéntico en todo al que había en la Torre Uno. Empezó a cundirle el desaliento. Sobre su cabeza y exactamente encima de la entrada circular, estaba suspendida en el techo abovedado la misma y extraña maraña metálica.

Se preguntó cómo aparecerían los monstruos. Al parecer, la cúspide de las torres era una puerta que conducía a otro tiempo o dimensión. O tal vez a otra galaxia, donde moraban aquellas monstruosidades. Pero si aquellos misteriosos ingenios estaban concebidos para hacer el viaje en una dirección, por fuerza tenían que servir también para recorrerlos en sentido contrario.

La compuerta que había abierto estaba a un lado, flotando en el aire. Intentó hacerla bajar y no pudo. Era como si estuviese apoyada en un sólido pilar.

Se mordió los labios, diciéndose que allí debía existir algún mecanismo con el que pudiese manipular a su antojo las propiedades de la cúpula.

Recorrió cada centímetro de la pulida pared. Sus dedos palparon

el frío metal fosforescente hasta que, de pronto, el índice encontró algo rasposo. Lo frotó y un segmento de unos veinte centímetros de diámetro se deslizó a un lado. Allí había como un círculo de metal pintado de rojo.

Lo estuvo viendo un rato, preguntándose si al tocarlo no iba a desencadenar allí otro aluvión de monstruos que se lanzarían a través del agujero. ¿Acaso era la llave que le conduciría al misterioso otro lado?

Lorena le estaba preguntando si había encontrado algo. Le amenazó con subir. Adán, exasperado, apretó con fuerza el disco rojo.

No sucedió nada de momento, pero al cabo de unos segundos la compuerta de acero empezó a deslizarse hacia la abertura, y cuando estuvo encima de ella descendió, sellándola con un chasquido seco.

Adán sintió que la sangre se le helaba. Estaba encerrado allí, con escasos metros cúbicos de aire. ¡Y en aquella ocasión no había tenido la precaución de llevarse la mascarilla de oxígeno!

Corrió hacia la compuerta, intentando encontrar el sistema de apertura. Al otro lado debía estar Lorena, golpeándola o intentando desplazarla manipulando en las hendiduras del centro.

Se alzó y miró en su entorno. Sus ojos se clavaron en el disco rojo, interrogándose si al volverlo a aprisionar conseguiría salir de allí. Pero el temor de provocar otro hecho irreversible y peligroso para él le contuvo. Quiso pensar antes de hacer nada.

Entonces, fue como si dentro de la bóveda se hubiera producido el destello de un relámpago. Adán cerró los ojos. Por una fracción de segundo, temió que todo fuera a arder a su alrededor.

Pero le llegó un frío intenso y luego una sensación de extraña calidez.

Abrió los ojos.

No estaba en la Torre.

Parpadeó al darse cuenta de que se encontraba en una rara campiña. Pisaba un suave prado. Había árboles cerca, diseminados y que se perdían en la distancia.

Al volverse, casi gritó. Detrás de él había una copia de la cúpula. Era como si la parte superior de una de las Torres hubiera sido colocada allí, a ras del prado verde-amarillo. Pero ¿cómo estaba allí, y de qué forma había salido del interior?

Entonces, al fijarse, tuvo ocasión de ver cómo una línea se estrechaba hasta desaparecer.

Oyó un ligero roce de pies sobre la hierba y se giró bruscamente.

A su lado, había aparecido un ser espigado, de dos metros de altura o más. No era humano e incluso le recordó lejanamente el aspecto de alguno de los monstruos que amenazaban Pandora. Pero no le infundía temor. Pese a su rostro inhumano irradiaba amistad.

Tenía dos pares de brazos a cada lado del amplio tronco, y su piel brillante tenía un tono azulado.

El ser se movió y abrió la boca. Adán escuchó unos sonidos incomprensibles. Todavía sostenía el láser en la mano y sin pensarlo lo dejó caer en la hierba. Entonces el ser pareció mostrar una sonrisa.

«Confío en que captes mis pensamientos», escuchó que de una forma extraña, por medio de objetos y símbolos, le estaba hablando aquel ser.

Adán vaciló antes de responder. ¿Qué podía decir en aquellas circunstancias?

«Habla en tu lengua, pero modula lentamente y piensa al mismo tiempo lo que expreses».

Adán cerró los ojos mientras decía:

—Quiero saber dónde estoy y cómo he llegado hasta aquí.

El ser asintió y con una de sus cuatro manos, le indicó que tomase un camino, levemente señalado por hierba de tono más oscuro.

Y Adán empezó a caminar, sintiendo a su lado la presencia de aquella extraña criatura que emanaba paz, de una forma que podía captarla con facilidad. A lo largo del camino no se sintió intranquilo ni un solo momento.

* * *

Jadeante, cansada de golpear la cerrada compuerta, Lorena empezó a sollozar. Había tanteado el cierre que momentos antes Adán usó para llegar hasta el interior de la cúpula, pero la compuerta seguía sellando la entrada. Tal vez ella no llegaba a encontrar la fórmula, o algo desde el otro lado impedía una nueva apertura.

Desesperada, viendo que pasaban los minutos y sólo conseguía

agotarse, Lorena hizo bajar el ascensor. Una vez abajo, abrió la puerta provisional que cerraba la Torre y salió al exterior, sorbiendo el aire con ansiedad.

Como si estuviera esperándola, Rudman la tomó de los brazos, zarandeándola.

—¿Dónde está Adán? —preguntó.

—Quedó arriba, encerrado.

Rudman bajó la cabeza, musitando:

—¡Oh, no! ¡Esto es el fin! El soldado me dijo que en Aldea lo están pasando mal. El capitán Zerder intenta contener desde la órbita el avance del grueso de los monstruos sobre Andorville, pero todo será inútil si siguen surgiendo de la Torre Uno. Y… me han dicho que Spencer murió. Moriremos todos.

Los obreros corrían hacia el borde del círculo que daba a la sierra. Los monstruos se acercaban cada vez más, como si hubiesen adivinado que el plástico que les repelía iba a desaparecer pronto, diluido por la lluvia, y absorbido por las grietas en la superficie de la llanura.

* * *

«Somos erlakones», dijo la voz mental del ser en Adán. «Hace milenios vivimos en el mundo que tú llamas Pandora. Mi nombre es Inda’Lae y hablo en nombre de mi comunidad. Percibimos tus esfuerzos en la puerta y desde aquí te hemos permitido encontrar el dispositivo de traslado. Teníamos curiosidad por conocerte, como representante de la raza que habita ahora en nuestro viejo hogar».

El ser llamado Inda’Lae se había sentado en una pequeña silla de madera. Frente a él había otra, que ofreció a Adán con un sencillo gesto. El terrestre se acomodó y echó un vistazo a su alrededor.

Habían caminado apenas unos minutos y Adán había visto a otras criaturas semejantes a su interlocutor mental. Iban solas o en parejas. A veces les acompañaban adolescentes que se mostraban ante su presencia un poco más curiosos que sus mayores.

Pero, en general, nadie se esforzó en disimular extrañeza ante la presencia del bípedo de piel sonrosada y de sólo dos brazos. Le

dirigían miradas indiferentes. Nada más. Seguían paseando y conversando entre ellos por medio de sonidos que a Adán se le antojaban gruñidos.

Volvió a mirar al llamado

Inda'Lae

quien, con las dos manos derechas, se recogió unos pliegues de su falda tornasolada. No se atrevió a interrumpirle porque presumía que el ser meditaba… o le leía el pensamiento.

«Es realmente terrible», dijo de súbito el erlakone. «Y lamentable. Todos estamos muy apenados porque los monstruosos doirkas han regresado a Pandora. Seguiremos llamando así a nuestro viejo mundo, Adán Villagrán».

—¿Qué son las Torres, y quiénes vosotros? ¿Qué pretenden los monstruos que llamas doirkas? —preguntó Adán.

»Empezaré diciendo que los doirkas fueron una vez semejantes a nosotros, cuando en Pandora existían guerras. Hubo una particularmente terrible. Quedaron pocos erlakones sanos después de las radiaciones. Se produjeron mutaciones, y así nacieron los doirkas.

»Comprendimos que no podíamos vivir juntos. Decidimos marcharnos de aquel mundo. Leo en tu mente, terrestre, que vosotros estáis desparramados por una gran parte de la galaxia. Nuestros científicos no dedicaron sus esfuerzos a la construcción de naves que viajasen de una estrella a otra. Ellos calcularon que existían medios para trasladarnos al futuro o al pasado. Construimos las… Sí, las llamadas Torres. Veo lo que es una torre, y el nombre es acertado. Primero construimos una que nos llevó al pasado. Pero hace millones de años Pandora no era lugar para nosotros.

»Lo que hace funcionar las Torres es un principio que incluso para nosotros no está muy claro. Cuando se construye una torre con materiales inmortales, no se puede construir una sola porque el mismo planeta peligraría. Tampoco podíamos alterar el medio de traslado. Así, decidimos construir la segunda Torre, que ésta sí, nos llevó al futuro, a miles de años de nuestro presente de entonces. Era un buen mundo. Creo que estamos ahora a un millón de años del presente que abandonamos en Pandora.

»Estábamos dispuestos a emigrar cuando los feroces doirkas,

convertidos en seres irracionales, que nos superaban en número, nos atacaron. Mataron a muchos de los nuestros y convinimos en castigarles. Mientras mis antepasados se trasladaban a este presente mediante la segunda Torre, indujimos a los doirkas a que ellos entrasen en la primera. Los lanzamos al pasado de Pandora, donde tendrían que vivir en un ambiente tan horrible como ellos mismos.

»Podíamos estar seguros de que nunca regresarían a Pandora, ya que cerramos la cúpula. Pero, de todas formas, quisimos asegurarnos de que nunca lograrían encontrar el camino hasta nuestro nuevo hogar. Fabricamos un material plástico que repelía a los doirkas y con el que rellenamos la segunda Torre. Aunque, por cualquier motivo, los doirkas consiguieran volver, nunca podrían alcanzarnos porque jamás se atreverían a acercarse a la Torre que conecta nuestro presente con el pasado que abandonamos en Pandora».

Inda'Lae

cesó la comunicación mental y miró con sus expresivos ojos a Adán, como si esperase que éste hablase o le preguntase.

Adán se sintió molesto, pero no dudó un segundo en decir:

—Nosotros disolvimos el plástico.

«Lo sé».

—Y los doirkas están regresando…

«También lo sé. Nosotros cerramos la compuerta cuando el último de ellos, al igual que los demás, se vio impulsado a la emigración. Pero la abristeis. Y ahora os corresponde cerrarla. No sólo para salvaros, sino como obligación. Debéis expiar vuestra imprudencia».

—Debes saber cuáles son nuestros problemas. No tenemos medios para conseguirlo. Estamos aislados temporalmente en Pandora. No podemos recibir ayuda de otros mundos.

«Es cierto. Pero aunque casi habéis destruido el plástico protector, aún queda bastante semidiluido. Usadlo. Cerrad la compuerta».

—Quedarán muchos doirkas. Ni siquiera con la única nave armada de que disponemos podremos acabar con todos desde una órbita espacial.

El erlakone se levantó. Cerca de ellos pasó un grupo de adolescentes, que le miraron levemente de soslayo y luego siguieron

su camino soltando unos grititos que Adán, liberalmente, interpretó como risas inocentes debidas a comentarios por su aspecto.

«Es el momento de que te marches. Debes ayudar a los tuyos».

—Pero… ¿cómo hacerlo?

«Ya conoces la respuesta».

—Dudo conocerla, pero quedará el problema de los miles de monstruos que ya están en Pandora.

«Regresemos a la puerta, por favor. Los doirkas sufrieron serias mutaciones que alteraron sus genes hasta el punto que les hace adaptables en escasas generaciones a cualquier medio. Sabemos que donde fueron arrojados a vivir existen unas condiciones climatológicas que les han hecho diferentes en estos últimos miles de años. Hemos calculado diversas alternativas y creemos que en un ambiente normal, como el que debe existir en la Pandora que tú conoces, los doirkas no podrían soportar lo que para vosotros sería sencillo y natural».

Adán frunció el ceño. Estaban ya delante de la puerta del domo. La abertura estaba abierta para él, esperándole. A su lado, Inda’Lae aguardaba pacientemente.

De pronto, Adán sonrió y dijo:

—Creo que he aprendido. Sé cómo pueden ser vencidos los doirkas.

El inhumano rostro de Inda’Lae se iluminó y su amplia boca se movió para formar una sonrisa.

«Lo celebro, terrestre».

Adán vaciló, pero terminó tendiendo su diestra al erlakone, quien, después de un segundo y seguramente tras haber leído en la mente de Adán lo que significaba aquel gesto, se la estrechó.

El terrestre notó el calor de aquella garra, sonrió y entró en la media esfera.

No le inquietó el siguiente destello. Por el contrario, estaba eufórico.

Capítulo IX

Al aparecer Adán en la media esfera de la Torre, en su tiempo, la plataforma estaba a un lado y el pozo se le ofreció ante sus ojos. Se arrojó a él y nunca el descenso le pareció tan lento. Saltó por encima del ascensor y surgió al exterior.

Rudman estaba sentado cerca, con las piernas cruzadas y la mirada fija en el terroso suelo, que en aquellos momentos recibía gruesas gotas de una nueva lluvia. Al oírle llegar, se levantó torpemente y se abrazó a él.

—¡Muchacho! ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde te habías metido, condenado?

Adán miró en derredor. Mientras la lluvia incrementaba, vio que la lucha seguía alrededor de la Torre. Sonrió y golpeó amistosamente la espalda del emocionado compañero.

—Estamos listos —gimió Rudman—. Mejor te hubieras quedado arriba. La lluvia terminará de borrar el círculo de plástico líquido y entonces esos monstruos se arrojarán sobre nosotros…

Adán negó con la cabeza.

—Nada de eso. La lluvia les hará retroceder. ¡Para ellos es algo nocivo! —Y recordó que la noche que estuvo en Aldea el masivo ataque de los doirkas se detuvo ante el chaparrón constante que cayó.

Se dirigió hacia el débil frente. Pudo observar cómo los doirkas se alejaban, encorvados ante la lluvia. Los defensores pudieron respirar aliviados.

Al ver al soldado que le llevó allí desde Aldea, le preguntó por Lorena y el profesor.

—Cuando la cosa se puso fea, optamos porque evacuaran los que no estaban armados, señor —replicó el soldado—. En el flotador sólo había sitio para doce personas. La chica y el señor Tzamalis se marcharon.

Adán frunció el ceño. Se volvió para mirar a Rudman, enfadado.

—¿Por qué no te marchaste tú también? Aquí nada tienes que hacer.

El viejo tramposo se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Además, de no ser por mí, Lorena no hubiera embarcado. ¡Quería quedarse aquí, esperando que tú salieras de la Torre!

—Les dije que debían dirigirse a Andorville —dijo el soldado—. Aldea puede haberse convertido a estas horas en algo peligroso.

Luego explicó el plan del capitán Zerder de bombardear las hordas de monstruos desde una órbita espacial con los escasos medios de que disponía.

—¿Se puede comunicar con el Luntraque? —preguntó Adán, preocupado porque sospechaba que el único transmisor que había en el campamento era el del flotador.

—Trajimos uno, señor. Pero dudo que tenga alcance para contactar con el Luntraque.

—Inténtelo. Diga a su capitán que deje de enviar inofensivos proyectiles contra los monstruos e inunde la estratósfera de partículas de plata.

Ante el gesto extrañado del soldado y viendo que éste hacía un elocuente gesto mostrando el agua que caía sobre ellos, Adán añadió, sin poder contener una sonrisa:

—Esta lluvia cesará en seguida. ¡Quiero que diluvie durante unos días en todo Pandora! Eso será más eficaz que un burdo bombardeo contra los monstruos. Por favor, tenga fe en mí, soldado.

—De acuerdo —dijo el muchacho, aunque no muy convencido.

Se marchó en busca del transmisor y entonces Adán se volvió hacia Rudman, diciendo:

—Ahora nos toca a nosotros, viejo amigo. ¿Estás dispuesto a todo? Te advierto que me obedecerás y no harás preguntas inútiles.

Rudman dijo que sí inmediatamente.

* * *

A pesar de su promesa, Rudman estuvo tentado varias veces de gritarle a Adán que estaba loco. Pero consiguió contenerse y estuvo observando los preparativos del joven sin hacer preguntas.

Adán recogió en cubetas una gran cantidad de plástico líquido. Una vez desnudo totalmente, se cubrió el cuerpo con aquel espeso fluido que no olía precisamente a rosas. Con el resto de un cubo, se echó una buena cantidad del plástico sobre la cabeza.

Pero cuando dijo a Rudman que debía llevarle hasta la Torre Uno en un flotador de dos plazas, hubo que recordarle su promesa de no interferir y de obedecerle en todo.

Los soldados y unos pocos obreros que continuaban dentro del débil círculo le vieron partir y casi todos pensaron que estaba medio loco. El único que creyó que Adán estaba loco del todo fue el soldado que acababa de comunicar al Luntraque que la estratósfera debía ser bombardeada con partículas de plata.

Adán observó complacido cómo los doirkas, a causa de la lluvia recién caída, no parecían tener muchas ganas de proseguir la lucha, pero estaba seguro de que, apenas se secase un poco el terreno, la reanudarían. Y entonces apenas encontrarían una línea de plástico repelente que les contuviese.

Cuando llegaron cerca de la Torre Uno, Rudman gimió y dijo:

—Muchacho, estás loco si piensas cruzar entre esos monstruos confiando en que ese sucio plástico te defienda. Aunque haya tenido propiedades, dudo que las conserve todavía. Ha sido castigado con ácido para sacarlo de la Torre Dos, ¡y luego ha recibido toneladas de agua de lluvia!

Adán le sonrió y se aprestó a salir. Había recomendado al viejo que sólo hiciera descender el flotador a dos metros de la superficie, apenas encontrase una zona libre de monstruos.

Alrededor de la Torre pululaban docenas de ellos, que parecían salir del paroxismo en que les había sumergido la lluvia. Por un momento Adán sintió miedo ante la visión de las grandes mazas de acero que arrastraban por el fangoso suelo.

Rudman consiguió, aunque torpemente, colocar el flotador a escasa altura del suelo. Adán no lo pensó más y saltó. Sus pies desnudos se hundieron un poco en un charco. Lanzó una maldición, temiendo que el agua pudiera quitarle el plástico adherido en las piernas.

Se vio rodeado de doirkas, pero se enderezó y caminó a paso ligero en dirección a la Torre. De reojo veía cómo varios monstruos se aproximaban amenazadores hacia él, pero cuando les separaban

apenas unos cuarenta centímetros retrocedían lanzando rugidos de rabia. Entonces Adán echó a correr, temiendo que alguna maza sí pudiera romperle la cabeza apenas alargasen un poco sus brazos o tentáculos.

Aquellos instantes fueron como una pesadilla para Adán. Fue un avance dantesco a lo largo de un oscilante, amenazador y pestilente corredor, hasta que alcanzó la entrada de la Torre.

Pero allí se cruzó con un doirka que reculó lanzando aullidos. Aquel monstruo le había tocado, y el plástico que se le pegó a su purulenta piel parecía quemarle.

A trompicones, Adán saltó sobre la base e inmediatamente se sintió impulsado hacia arriba.

En su ascenso se cruzó con varios doirkas que bajaban por la sección contraria. Apenas le miraban. Parecían asustados por aquella experiencia, aferrados a sus mazas y armas de tubos lanzallamas.

Cuando sus manos alcanzaron el borde circular de la abertura, respiró ruidosamente. Se alzó y anduvo casi de rodillas, buscando la sección que debía abrirse a su contacto y descubrirle el disco rojo.

En aquel momento se produjo un destello y apareció otro monstruo que, sin vacilación alguna, se lanzó al vacío.

Adán localizó el segmento y, ante sus ojos, apareció el ansiado dispositivo rojo. Arrugó el ceño. Sabía que al apretarlo la compuerta cerraría la salida. Tendría que actuar rápidamente, aprovechando que el disco de acero no se movería enseguida.

De un golpe aprisionó el disco y, antes de pensar nada, le arrojó hacia la abertura, mientras que la compuerta se movía pesadamente hacia allí, con la imparable misión de obstruirla.

En aquel momento se produjo una nueva explosión de luz y se materializó un monstruo, que al no hallar, tal vez por instinto, la salida de la media esfera, se movió torpemente, rugiendo. Tropezó con Adán y ambos rodaron por el suelo. El terrestre miró angustiado cómo el disco iba cayendo sobre la abertura. Con un último esfuerzo, se deslizó por el hueco, cada vez más pequeño. Pero su pierna libre de plástico fue aferrada por una garra con afiladas uñas, que le hirieron.

Adán gimió e hizo un último esfuerzo para saltar. Ya caía cuando se volvió y vio que la dantesca mano del monstruo era

cercenada limpiamente por el disco de acero al encajarse en la abertura circular.

* * *

Estuvo lloviendo en Pandora ininterrumpidamente durante veinte días, justamente hasta que el aislamiento quedó roto al cesar la tormenta cósmica provocada por la supernova.

Aunque el bombardeo desde el Luntraque tuvo su eficacia, deteniendo en parte el avance de los doirkas sobre Andorville, la lluvia fue el arma definitiva que acabó con la presencia de las hordas de monstruos en Pandora.

Nunca se sabrá si aquel fenómeno pluvial hubiera aniquilado a las huestes invasoras, ya que al quedar éstas inmovilizadas, los soldados del Orden Estelar y la guarnición local acometieron la pesada y desagradable labor de buscarlos y aniquilarlos hasta el último.

Los doirkas se hallaban acurrucados y no ofrecieron ninguna dificultad. El capitán Zerder intentó contener aquella matanza, pero entre las patrullas iban muchos nativos que habían perdido algún familiar y lo que debió ser una acción menos sangrienta terminó en venganza incontenible.

* * *

Cuando Adán regresó a Aldea, se sobrecogió al ver los destrozos que había padecido la urbe. Luego se dirigió al astropuerto y allí esperó el regreso del crucero del Orden Estelar que, al mismo tiempo, trajo la nueva de que el aislamiento de Pandora había terminado.

Y también allí Adán recibió la mala noticia de que el flotador donde escapaban los obreros, el profesor y Lorena había sufrido un accidente cerca de Andorville. Fueron atacados por las avanzadillas doirkas y apenas la mitad de los fugitivos consiguió salir ilesa. Y entre ellos no se contaba Lorena.

En cambio el profesor sólo recibió unas heridas.

—Se restablecerá pronto —le informó el propio gobernador, que quiso conocer al hombre que prácticamente había salvado al planeta de su destrucción.

Adán se mordió los labios y asintió. No quiso escuchar más y salió de la habitación donde había recibido la funesta noticia. En la puerta se cruzó con el capitán, quien se detuvo a su altura y le dijo:

—Espéreme un momento, Adán.

El joven, sin levantar la mirada del suelo, replicó:

—No se preocupe. No pienso escapar.

Luego, a solas, Zerder escuchó el informe de Walrafen y también se sintió impresionado por la suerte que había corrido Lorena.

—Era una gran chica —dijo roncamente—. Creo que yo me enamoré de ella, pero prefirió a Adán Villagrán, y tal vez por ello le odié un poco.

El gobernador comprendió.

—¿Qué piensa hacer con él?

—¿Sabe lo que hizo, junto con Ernst Rudman? —Al asentir Walrafen, añadió—: Adán Villagrán vendrá conmigo a la Tierra.

—Su delito debiera expiarlo aquí —sonrió el gobernador.

—No. No existe delito. Es una falta mínima, en realidad. Y no creo que el profesor Tzamalis presente cargo contra ellos. Y el tercero en cometió la estafa, murió en Aldea luchando por defenderla. ¿Sabe que Adán hizo todo eso para ir a la Tierra y convertirse en oficial de nuestra organización?

El gobernador movió con pesar la cabeza.

—Ahora le será imposible acceder a la Academia con semejante mancha. Lo siento por él.

—Nadie tiene que saber nada, gobernador. Deje al viejo Rudman tranquilo. Yo mismo presentaré a Adán al rector de la Academia. ¿Es que no vale lo que ha hecho aquí? Eso borra cualquier cosa ilegal. Estoy seguro de que algún día será un gran jefe del Orden Estelar.

Walrafen estrechó la mano de Zerder.

—Estoy de acuerdo con usted, capitán. Además, en la Tierra estarán impacientes por conocer de una vez el misterio de las Torres de Pandora. Y Villagrán es quien mejor lo conoce.

Zerder saludó y al salir encontraron a Adán. Le llamó y, sonriendo, le dijo:

—Amigo, vámonos.

—¿Adónde?

—A la Tierra —rió Zerder—. Te espera la Academia, y no creas

que allí te será todo tan fácil como aquí…

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).